

Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 2 DE FEBRERO DE 1914

Núm. 1.675



BUSTO DEL POETA VALENCIANO AUSIAS MARCH, modelado por Rafael Alemany
y destinado a la «Agrupació pro Poesía Valenciana», recientemente creada en Valencia. (De fotografía.)

SUMARIO

Texto. — *Pan de cortijo*, por F. Trujillo. — *María Rosa*, por E. Drevelón. — *S. Martínez Cubells*. — *Berlín*. El 55.º cumpleaños del emperador. — *S. A. el príncipe Luis Fernando de Baviera*. — *La Biblioteca Imperial de San Petersburgo*. — *El explorador Evans en París*. — *Barcelona*. Banquete de la colonia alemana. — *Acisclo Soler*. — *Los estudiantes españoles en París*. — *El diario de Simona* (conclusión). — *Barcelona*. Banquete de la Asociación de la Prensa Diaria. — *Madrid*. «*La Virgen del Mar*». — *II Conferencia Nacional de las Cajas de Ahorro*. — *Melilla*. Inauguración de la Plaza de España. — *La catástrofe del submarino inglés «A. 7»*. — *Libros*.

Grabados. — Dibujo de Tamburini, ilustración de *María Rosa*. — Cuadros de *Martínez Cubells*, *Bartolini*, *Bargellini* y *Rubens*, y esculturas de *Aleman* y *Coullaut Valera*. — *Notas de París*, *S. Petersburgo*, *Barcelona*, *Madrid* y *Melilla*.

PAN DE CORTIJO

La *Maravilla* llamábase el cortijo y en verdad, si no una maravilla era de lo mejor en toda la vega. Oculto estaba entre unos frondosos olivares como una alhaja en su estuche, tan blanco, tan limpio y coquetón que más parecía cosa de juguete, cabaña de gnomos encantadores, que casa campesina. Blancas, con una albura lechosa y resplandeciente, eran sus paredes; verdes sus rejas y sus cancelas de afiligranados hierros; rojo como si fuera de fuego su tejado donde las palomas bullían, semejando copos móviles de nieve sobre el sangriento color de las tejas andaluzas.

Entrándose en tierras del cortijo aun se encontraban más bellezas, nuevos encantos. Aquí un bosquecillo de naranjos y limoneros; más allá, otro de almendros; después la mancha esmeralda de las cepas moscateles; el oro de los trigos...; por último, una explosión de colores y perfumes en el jardín, tierra dadivosa de flores de incomparable hermosura. Y los pájaros y el aire en la fronda, y el agua cantando por todas partes, en los manantiales, en las acequias, en el arroyo, en el río bravo y tumultuoso, rimaban la poesía inefable de aquellos lugares úe idilio.

Pues bien, aquel pequeño paraíso no fué nunca solar de felicidades y bienandanzas.

Cuidaban del hogar campesino mujeres, tristes mujeres ajadas en la flor de sus primaveras, jóvenes sin juventud, consumidas por el paludismo, por el tráfigo de las gravosas tareas rurales. Cultivaban el terruño hombres de cara cenceña, de cuerpo enjuto y mirada torva: trabajadores infatigables que, para ganar un pedazo de pan y un albergue pobre en la gañanía, permanecían desde el alba hasta la puesta del sol doblegados sobre la madre tierra, humedeciéndola con el sudor de sus frentes, esclavos de la maldición bíblica. ¡Miseras bestias de carga, productores de todo lo que hace amable la existencia, apenas conocían el mundo y por él pasaban como sombras, atados al trabajo cual siervos de la gleba, sin probar las mieles de la vida! Sólo por las noches, junto al hogar en invierno o en la gañanía en verano se reunían para hablar y cantar y amarse, que es el amor común a todos los seres de la tierra: al insecto casi imperceptible, al águila, reina de los aires; al pobre y al poderoso... Entonces se descolgaban las jarras de los parrales o de la chimenea del ahumado cocinón, corría el vino, y una vieja guitarra y una voz bronca de macho en celo ahullaba una canción trágica de amores y de muerte.

El único que gozaba de las delicias de aquel suelo fértil, de las comodidades del hogar campesino, era el Sr. Paco Zurrón, arrendador de *La Maravilla*, hombre de rapiña, malo entre los malos, explotador, soberbio y dominante. Para él se escogían las aves más sabrosas, los huevos más frescos, los frutos más sazonados, lo mejor que producía la madre tierra. Para él también eran las primeras rosas de amor de aquellas pobres campesinas. *Nostramo* llamábanle los braceros y, al verle pasar por las tierras labrantías, clavaban su laya en el terruño para quitarse el sombrero reverenciosos.

Entre toda aquella servidumbre plebeya sólo había un hombre capaz de sostener la mirada del amo. Era un zagalón, grande, feo, de recia musculatura y greñas ralas e intensamente negras. Sólo unos días de existencia contaba cuando le encontraron, allá, en el monte, entre unas retamas. Piadosas, unas campesinas llevaron al cortijo al mamoncillo y el amo al ver su cara negrucha y al escuchar su lloriqueo rabioso, pensando que bien podía ser un hijo habido de sus andanzas lugareñas, mandó que se le diera asilo en la casa y no volvió a ocuparse de tal aventura.

Una cabra de *La Maravilla* fué su nodriza y le dió la leche de su ubre generosa, para enseñanza de malas madres y de mujeres livianas y egoístas. Así fué creciendo, como esas plantas fluorescentes a las que toda tierra es propicia, sin amparo ni calor de nadie, entre la indiferencia de los de arriba y la mofa de los suyos, que al ver su fea figura y arisca

condición, dieron en la gracia de llamarle el Javato.

Él hubiera agradecido una sonrisa, un halago, pero ¡cómo iba a encontrarlos entre aquella gente campesina incapaz de una ternura!.. Hombres y mujeres de aquel lugar desconocían esas delicadezas que enaltecen al ser humano, esas amorosas doctrinas que nos dan en cada hombre un hermano, que nos enseñan a partir nuestro pan con el hambriento, que nos dicen que consolemos al triste. Endurecidas sus almas en la esclavitud de su trabajo, apenas escucharon en su infancia la palabra divina, la santa voz del maestro, y eran como muertos en vida, seres sin sentimiento, flores sin perfumes.

Javato en el cortijo se hizo hombre y en su corazón anidó la vibora del odio.

De niño sólo oyó mandatos de unos y otros, hechos con voz agria, y sus ligeros errores y picardihuelas fueron castigados rudamente, con crueldad.

Javato, en silencio, afilaba sus colmillos.

Un día, que fué de fiesta en el cortijo, pusieron a Javato al servicio de los gañanes. Éstos le solicitaban imperativos. Aturdido por tanta demanda, perdió el tino y cayó al suelo con una bandeja de confituras. Un vigoroso puntapié le hizo levantar rápidamente. Las mozas lugareñas riéronse de su aturdimiento. Ante la risa de aquellas mujeres, Javato, que ya tenía quince años, sintió que una oleada de sangre nublaban sus ojos. Entonces, con las mejillas encendidas en arboles, con los dientes prietos de rabia y las pupilas relampagueantes, se dirigió a su ofensor, y adueñándose de una gran jarra de hierro, le golpeó en la cabeza, en el rostro, hasta que la sangre brotó a raudales. Toda la gañanía se dirigió hacia Javato en actitud amenazadora. Él se replegó a un rincón de la estancia y abriendo su navaja, verdadera arma de combate, aguardó imponente, temible como un jabalí que cerca de la jauría la reta con sus bufidos.

El miedo fué buen consejero.

— ¡Dejadle!, dijo un campesino. ¡Jinojo, que ya es un hombre!..

Desde aquel día comenzó a ser libre, pero esta libertad fué lograda a trueque del abandono y del desprecio.

Aquellos esclavos de la gleba no podían perdonar al Javato su emancipación... Y al verse solo, sin nombre, sin amor y sin apoyo alguno, el pan del cortijo le supo tan amargo a Javato, que tuvo tentaciones de poner fin a su vida. Mas la esperanza de algo desconocido para él le sostenía sobre la tierra.

Sobre unas peñas enjutas estaba Javato el cabrero arreglando su vara de pastor. De vez en cuando abandonaba su tarea, levantaba la vista y en sus labios florecía una sonrisa iluminando su cara tenebrosa. Al mirar las bestezuelas que triscaban retozonas, recordaba aquella amable nodriza barbuda que le dió la savia de sus pechos generosos.

Las tintas del crepúsculo tiñeron de oro y grana el horizonte. Iba ya el zagal a retirar el hato, cuando vió que por el camino de *La Maravilla* avanzaban un anciano y una moza; aquél se apoyaba en ésta, que servía de lazarillo.

El era un hombre de esos a quienes los sufrimientos han envejecido prematuramente. Los rasgos, arrugas y tonalidades de su rostro, sus plateados cabellos, denotaban una vida de azares y amarguras.

Ella representaba tener unos quince años, y tan armonioso era su cuerpo, tan suaves y bien concertadas las curvas de sus caderas y de sus pechos levantados y virginales, que Javato quedó extasiado contemplándola.

Llegáronse el ciego y la niña al pastor y le preguntaron por el cortijo.

— Somos, dijo la mendiga, *probesitos* que vamos *perdiós* por estos campos de Dios con hambre y frío, sin encontrar *posá*.

— Pues yo soy, respondió Javato, el cabrero de *La Maravilla* y *pa ayá* voy ahora con mi hato.

Y saltándole el corazón de gozo al suponerse en tan amable compañía, añadió:

— Si quieren pueden *allegarse* hasta la casa conmigo.

Y marcharon por la senda, y como el caserío aun estaba lejos, fueron contándose la historia triste de sus vidas. El viejo había sido un buen soldado que en la guerra perdió la vista y vivía del pan de la limosna. La niña era su hija única y ayudábale a llevar la cruz de su desgracia.

Tocóle el turno a Javato y dijo también sus penas, relatando su existencia llena de privaciones sin esperanza alguna, sin objeto; en tanto la niña compasiva le interrumpía a cada instante diciendo: «¡Mire, padre, el *probesiyo* no tiene madre!.. ¡Qué pena, padre! ¡Solito en el mundo!.. ¡Cuánto habrá llorao!»

— ¿Cómo te *yamas?*, dijo ella al zagal.

— Me *yaman* el Javato. ¿Y tú?

— Mi nombre es Misericordia.

Se miraron jubilosos, como sorprendidos de no haberse conocido antes.

En tanto el ganado, con el tintineo de sus esquilas, rimaba las estrofas de aquel idilio.

Muy dadivoso y caritativo anduvo Paco Zurrón con el viejo y la niña. La figura graciosa de Misericordia metiósele corazón adentro al rufián.

— No necesitáis pedir limosna, dijo el amo. Tú, niña, en mi casa siempre hallarás trabajo. Cerca de mí te harás una mujer de bien y a tu padre no ha de faltarle nada.

— ¡Gracias, gracias, señor!, decía la niña.

— ¡Cómo poder pagarle!, musitaba el ciego.

El fauno sonreía.

Javato, en pie, con su amplio sombrero entre las manos, permanecía en la estancia silencioso, con sus ojos fieros fijos en la cara hipócrita del amo.

— ¿Qué haces, mala yerba?, gritó Paco Zurrón.

— ¡*Naa!*, gruñó el zagal como un mastín que enseña los dientes.

— ¡Fuera; a tus quehaceres!

Javato se retiró, no sin antes volver la cabeza para contemplar a Misericordia. Y sus pupilas ardieron en un resplandor extraño.

Pasaron varias semanas. El amo hacíase de mieles con la mendiga. Javato estaba alerta.

Por las noches ocultos entre las sombras del corralillo de *La Maravilla* hablaban Javato y Misericordia y, aunque se amaban, aun no se lo habían dicho, atadas sus lenguas por una inocencia primitiva. Una madrugada cuando ya iba a retirarse Javato a su choso vió que una sombra atravesaba el corralillo. En aquel instante llegó a sus oídos de pastor, acostumbrados a sentir los ruidos remotos, rumor de pasos; buscó la navaja en el cinto y quedó a la escucha detrás de un árbol añoso. El torcedor de los celos martirizaba el corazón de Javato.

Por fin pudo ver a la luz de la luna que el amo se deslizaba hasta las habitaciones de Misericordia.

Zurrón llevaba una llave que a la sazón se había proporcionado, abrió la puerta del santuario de la virgen, y cerrándola después dejó en el umbral a Javato, que con la navaja abierta en su diestra, crispada por el odio, esperó anhelante los acontecimientos.

Pronto llegaron a sus oídos las súplicas del fauno, la voz de Misericordia; por último, rumor de lucha.

No pudo más; saltábale el corazón en el pecho, y rompiendo con el peso de su cuerpo de atleta las débiles maderas que de Misericordia le separaban, se precipitó en la alcoba. Al ímpetu de su acometida cayó el infame al suelo, y cuando la navaja de Javato iba a clavarse en el pecho de Paco Zurrón, cortando para siempre el hilo de su vida ruin, Misericordia detuvo la mano del pastor y de rodillas, suplicante, dijo:

— ¡Perdónale! ¡Hazlo por nuestro querer, Javato!.. Porque te quiero..., te quiero...

Quedó atónito el mozo, y el viejo, aprovechando aquel instante, huyó como alma que lleva el diablo, en tanto que Javato, aquella fiera indomable, terror del cortijo y sus aleaños, rompía a llorar de felicidad al ver que era amado por primera vez en su vida.

Al día siguiente salieron del cortijo Misericordia y su padre; con ellos iba Javato, alegre, risueño como un preso que recobra su libertad.

El aire, al vagar indeciso, traía a los tres caminantes el repiqueteo alegre de las campanas llamando a la misa del alba, el canto de los pájaros, las canciones de los campesinos trabajando el terruño. Y como sintieran hambre, sentáronse a la vera de un arroyo y partió el viejo, en tres pedazos iguales, medio pan.

— Toma, dijo el viejo soldado a Javato, toma hijo mío, que hijo mío serás desde hoy y Dios ha de bendecir mis palabras.

— Yo trabajaré para todos, respondió Javato, que soy joven y fuerte, más fuerte porque no estoy solo, y tengo una madrecita..., una hermanita...

Y a Javato le supo por primera vez a gloria el pan del cortijo porque se lo dieron con la miel del amor humano, de sin igual dulzura. Que ha de darse el pan como nos lo dió Cristo, como si fuera algo de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu..., sin envilecerlo con la humillación que trueca en hieles el sabroso manjar que vino de los cielos...

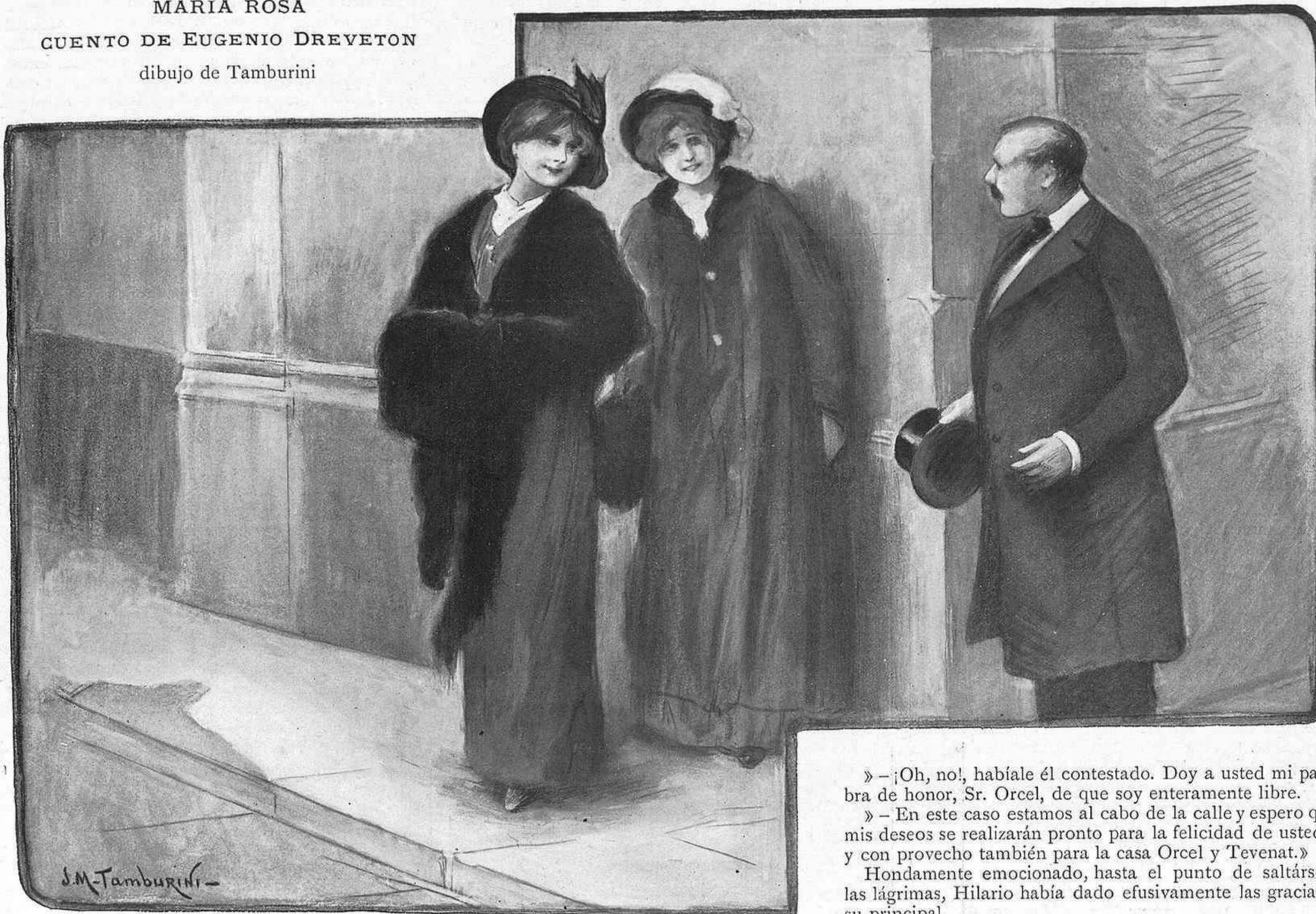
FEDERICO TRUJILLO.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

MARÍA ROSA

CUENTO DE EUGENIO DREVETON

dibujo de Tamburini



-¡Señorita María Rosa!, exclamó Hilario

Sonó el timbre del teléfono y el joven, acercándose al aparato, descolgó el receptor.

-¿Quién?.. No, señorita... El Sr. Orcel ha salido y hoy no volverá; pero le comunicaré lo que usted me dice, mañana, cuando vaya a felicitarle con motivo del Año Nuevo... Y usted, ¿me permitirá que le felicite también?.. Es verdad; no nos conocemos..., pero tiene usted una voz tan bonita..., que, aun sin conocerla, me es usted sumamente simpática... ¿Qué, se ríe usted?.. ¿De modo que mi cumplimento no la enfada?.. Para mí es un gran placer encontrar a usted en el aparato... Y ahora, es menester que le dé una noticia interesante... El Sr. Orcel me toma por asociado... ¿Nota usted que hay en mi voz una vibración especial?.. Es la alegría, señorita..., la alegría... Gracias por sus felicitaciones... Repito mil felicidades; hasta el año que viene, señorita...

Hilario Tevenat, el dependiente principal de la casa Orcel, *Cueros y Pieles*, la más importante de Saint-Romain, colgó el receptor y sentóse nuevamente delante de su Mayor, con cantoneras de cobre. Pero no pensaba en volver a coger la pluma; su rostro regular, de tez clara, cortada por un bigote negro, sonreía. Aquella conversación familiar y placentera, ¡cuán poco se parecía a las conversaciones habituales! ¡Bah!.. En la víspera del Año Nuevo, bien podía uno abandonar por un rato el tono ceremonioso y frío. Por otra parte, ¡sentíase tan dichoso en aquel momento! Cuando diez años antes entró en aquella casa con un modesto empleo, ¡cómo hubiera podido acariciar la ambición de ser, un día, elegido asociado por el Sr. Orcel!

A pesar suyo, su imaginación volvía a la joven empleada de la casa Viray y C.^ª, de Blatigny. Sabía muy poco de ella: que desempeñaba las funciones de dactilógrafa y que se llamaba María Rosa; el mismo Sr. Viray se lo había dicho un día por teléfono, anunciándole que iba a ausentarse y que le confirmaría el pedido por carta la señorita María Rosa.

¡Qué extraña impresión le había causado la voz cristalina de la joven! Todavía le parecía oír la risa franca, clara, con que había acogido sus cumplimientos; aquella risa, a la vez tan próxima y tan lejana, producía una vaga turbación que le tenía aún confuso y asombrado. ¿Cómo se explicaba que un día como aquél, cuando su vida acababa de experimentar un cambio tan imprevisto, pudiera soñar con aquella desconocida porque tenía una voz pura y armoniosa? ¿No era aquello, de su parte, una ridiculez?

Y por contraste, parecía ahora oír de nuevo la voz un tanto ruda del señor Orcel que le había dicho:

« - Puesto que su porvenir está ya asegurado, sólo le falta escoger lo más pronto posible una compañera amante y abnegada; con su nueva situación le será a usted esto sumamente fácil y la dote de su esposa será el capital que aportará usted a la asociación.»

Al ver que Hilario, oyendo aquellas palabras, no había podido reprimir un ligero movimiento, el Sr. Orcel, mirándole fijamente, le había formulado esta pregunta:

« - ¿Estaría usted, por ventura, comprometido con alguna muchacha, sin yo saberlo? »

« - ¡Oh, no!, háblele él contestado. Doy a usted mi palabra de honor, Sr. Orcel, de que soy enteramente libre.

« - En este caso estamos al cabo de la calle y espero que mis deseos se realizarán pronto para la felicidad de usted... y con provecho también para la casa Orcel y Tevenat.»

Hondamente emocionado, hasta el punto de saltársele las lágrimas, Hilario había dado efusivamente las gracias a su principal.

¿Por qué al oír hablar de matrimonio la idea de la joven dactilógrafa se había impuesto a su pensamiento? Esto se preguntaba todavía cuando volvió a coger la pluma para

ponerse de nuevo a trabajar y recuperar el tiempo perdido.

Y descontento de sí mismo, algo avergonzado de haber dejado que su imaginación se distrajera de aquel modo inusitado en él, inclinóse nuevamente sobre su libro Mayor; pero en tanto que él se afanaba transcribiendo, en su hermosa letra redondilla, los nombres de los nuevos clientes, la voz juvenil, de timbre fresco y claro, se obstinaba en vibrar en su oído.

**

Todavía oía aquella voz deliciosa la mañana siguiente, cuando volvía como de costumbre de felicitar, con motivo del Año Nuevo, al Sr. Orcel, con las manos en los bolsillos de su gabán y con el cuello de éste levantado.

El Sr. Orcel, aprovechando aquella ocasión, lo había presentado a los demás empleados y a los contramaestres como a su futuro consocio; y al salir de casa de su principal había caído sobre él una lluvia de enhorabuenas. No sin emoción, porque no dudaba de la sinceridad de los sentimientos que sus antiguos compañeros le expresaban, había estrechado efusivamente las manos que todos le tendían, y ahora, libre durante el resto del día, dirigiase con paso deliberado que martilleaba el endurecido suelo a la estación para tomar el tren de Blatigny.

¿Qué iba a hacer en Blatigny? No se atrevía a formularse esta pregunta. A la vista de la estación, delante de cuya escalinata había dos ómnibus, vaciló un momento; pero luego, moviendo la cabeza con aire resuelto, entró en la sala de espera llena de viajeros que movían gran algarabía.

Menos de dos horas después, apeábase en la pequeña ciudad que ostenta sus construcciones nuevas y las altas chimeneas de sus fábricas, pues Blatigny ha llegado a ser un centro industrial de mucha actividad, a dos kilómetros del Isere, cuyas aguas arenosas y rápidas corren allá, en la hondonada. Hilario, en aquel momento, no pensaba en admirar el panorama de invierno que a su vista se ofrecía, aquel marco grandioso, algo velado por la niebla, de los Alpes Delfineses cuyas vertientes hallábanse cubiertas de nieve.

Entró en uno de los hoteles cercanos a la estación y se hizo servir un almuerzo; después, con el estómago satisfecho y el sobretodo cuidadosamente abrochado, con los ojos animados y la tez encendida por la media botella de Burdeos que se había permitido beber en celebración del feliz suceso de la víspera, fuése a pasear, a la ventura, por la calle mayor. En aquel día de fiesta, aparte de los cafés, que se adivinaba que estaban llenos de consumidores, la mayor parte de las tiendas hallábanse cerradas. Por las calles apenas transitaba gente; el viento que se había levantado parecía retener a casi todos los habitantes en el interior de sus casas.

En aquella semisolitud, bajo la acción del viento Norte que punzaba su rostro, comprendió lo absurdo de su situación. Su exaltación había desaparecido. Sí, ¿qué hacía en aquella hora y en aquella plaza adonde había ido a parar como alma en pena? Y sin embargo, no podía detener a ningún transeunte para preguntarle: «¿Conoce usted a la señorita María Rosa, la dactilógrafa de

la casa Viray y C.ª? Tiene la voz más bonita que en mi vida he oído. ¿Y es ella tan encantadora como su voz?»

Después de una última exploración al través de la ciudad, Hilario encontrése nuevamente en la calle mayor. Cansado, abatido y triste encaminábase otra vez a la estación, cuando, al levantar los ojos, que tenía fijos en el suelo, vió dos señoritas que con paso ligero avanzaban hacia él por la misma estrecha acera que él seguía. Esbeltas, elegantes con sus trajes sastre y una piel enrollada al cuello, las dos llevaban una toca de nutria. Al verlas, dióle un salto el corazón. Aquellas muchachas, de cabello rubio obscuro, con las mejillas enrojecidas por el contacto del aire placial, reían y, mientras caminaban muy de prisa, hablaban animadamente como bajo el imperio de un sentimiento alegre. Cortésment^o, para dejarles paso, Hilario se arrimó a la pared cubierta de cartelones; la mayor inclinó la frente con ademán muy digno y con voz clara dijo:

— Gracias, caballero.

— ¡Señorita María Rosa!, exclamó Hilario.

Sorprendidas, casi asustadas, las dos volvieron la cabeza rápidamente. Hilario, a pesar de su turbación, comprendió que se ponía en ridículo, y haciendo un gran esfuerzo, dijo:

— Señorita, dispéñseme usted y permítame que le reitere respetuosamente la felicitación que le dirigí ayer.

La joven le miró frunciendo el entrecejo.

— Caballero, usted se equivoca, le respondí.

— ¡Por teléfono!, añadió Hilario.

Entonces aquel rostro sonrosado, de delicadas facciones, se serenó, e Hilario comprendió que su atrevimiento estaba perdonado.

— Pero usted no me dijo que vendría hoy a Blatigny.

— No me he decidido hasta esta mañana, con la secreta esperanza de que la casualidad me permitiría quizás encontrar a la persona con quien casi todos los días hablo de negocios..., con quien tuve ayer un coloquio agradable. La casualidad, como usted ve, me ha favorecido; y ahora, señorita, no tengo más que reiterarle mis excusas por haberme atrevido a acercarme a usted así, en medio de la calle..., y solicitar de usted permiso para volver dentro de poco.

Pronunció estas últimas palabras con voz entrecortada por la emoción.

María Rosa le observaba como si hubiese querido leer en el fondo de su alma, y el examen, sin duda, no fué desfavorable. No quiso, sin embargo, contestar directamente a su petición, y sonriendo dulcemente, indicó con la cabeza un cartel de la última fiesta votiva, hecho jirones y descolorido por la lluvia y por el sol.

— Lea usted ahí: «Se dispensa amable acogida a los señores forasteros.»

— ¡Ah, gracias! Me acordaré de la advertencia... Hasta la vista, señorita.

Inclinóse con el corazón rebosando de alegría ante las dos jóvenes y las siguió un rato con la vista.

— He aquí un primero de enero, murmuró, que hará época en mi vida... Pero me figuro que todavía no soy el asociado del Sr. Orcel.

* * *

Al día siguiente, en cuanto llegó el Sr. Orcel a la oficina, Hilario llamó a la puerta de su despacho.

— ¡Ah, es usted, Sr. Tevenat! Precisamente iba a llamarle, porque es menester que, sin pérdida de momento, preparemos nuestro contrato.

— Sr. Orcel, replicó Hilario; no olvidaré jamás la proposición, para mí tan halagüeña que me ha hecho usted; pero no puedo aceptarla. Usted cuenta con que yo aporte un pequeño capital...

— Ciertamente, cuando usted se case.

— Es que, respondió el joven bajando la voz, aquella a quien amo y cuya mano espero obtener, no es seguramente más rica que yo.

La cara redonda y de facciones acentuadas del industrial se anubló.

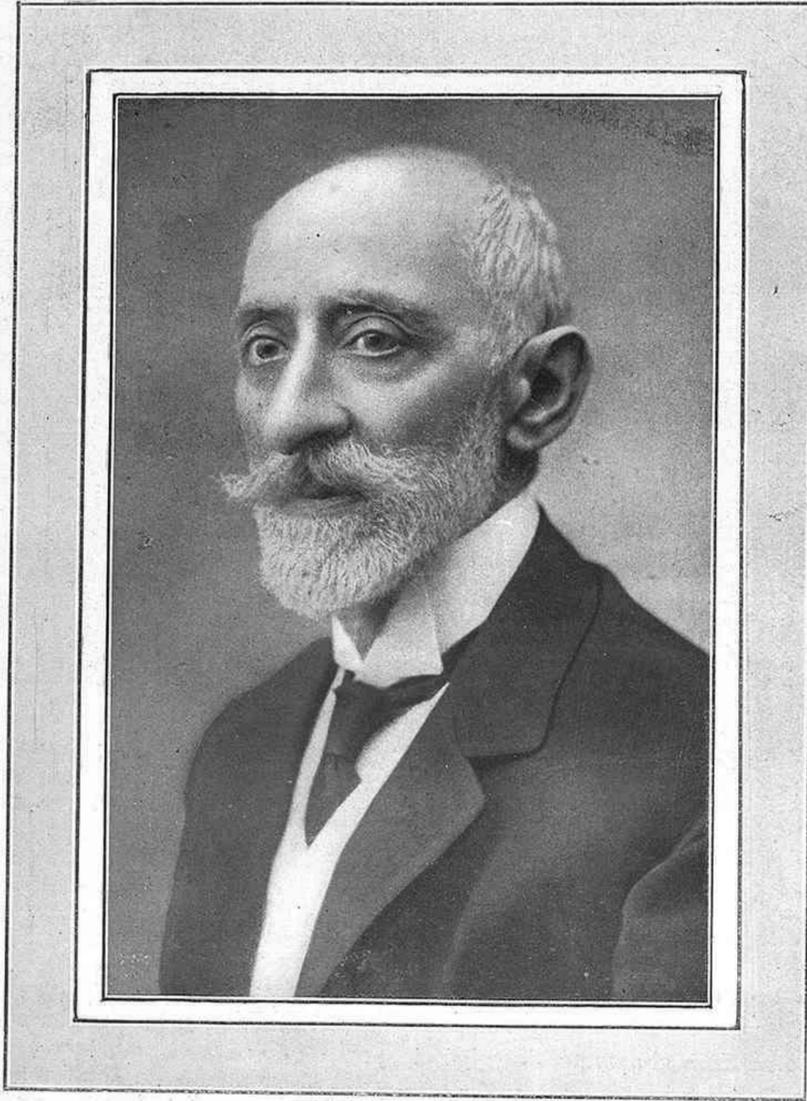
— ¿Se burla usted de mí, Tevenat? Anteayer me dijo usted que no tenía usted ningún compromiso y

ahora me confiesa usted que ama a una muchacha sin fortuna. ¿Sabe usted que esto trastorna mi combinación?»

— Sr. Orcel, voy a explicárselo a usted todo.

Y francamente, sin reticencias, Hilario refirió su viaje a Blatigny.

— En resumen, interrumpióle el Sr. Orcel con su brusquedad habitual; que para usted antes es el amor que el interés... Ahora me explico por qué tenía tanto empeño en telefonar a Viray... Era para



El eminente pintor D. Salvador Martínez Cubells, fallecido en Madrid el 21 de enero último. (Fot. de nuestro reportero J. Vidal.)

oir la bonita voz de su empleada... Pero, en fin, ahora puedo confesar a usted, Tevenat, que también yo me casé por amor y jamás me he arrepentido de ello... Conque, ocupémonos en el contrato..., y yo mismo iré a pedir la mano de la señorita María Rosa... No empieza mal el año para usted... Pero, ¡que el diablo se me lleve si esperaba que me saliera usted con esa historia!

E Hilario, en el colmo de su felicidad, no pudo articular más que estas palabras:

— ¡Oh, Sr. Orcel, cuán dichoso soy!..

D. SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

Este pintor eminente, gloria de la escuela valenciana, recientemente fallecido en Madrid, había nacido en Valencia el 9 de noviembre de 1845. Discipulo, en un principio, de su padre, completó sus estudios en las clases de la Academia de San Carlos, y muy joven todavía, pintó dos cuadros de costumbres valencianas: *Un baile de labradores* y *La visita del novio*, que le dieron a conocer ventajosamente.

Poco después, llevó a la Exposición Nacional de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1866, *El suplicio de los Carvajales*, que le valió una mención honorífica y fué adquirido por el conde de Pino Hermoso, quien le encargó, además, otro representando a *Jaimé I el Conquistador en el acto de ser herido, en el sitio de Valencia, por una flecha que le penetra en la cabeza*.

En los años siguientes pintó el retrato de su padre D. Francisco, que fué premiado con medalla de oro en la Exposición regional valenciana de 1867, el de su madre, el del literato valenciano Peregrín García Cadena y otros muchos.

También pintó cuatro lienzos de gran tamaño existentes en la iglesia de Cullera y que representan a los cuatro Evangelistas, cuyas figuras están dibuja-

das con maestría y son notables por su tono vigoroso.

Presentó en la Exposición Nacional de Madrid de 1871 tres retratos que le valieron una medalla de tercera clase; en la de 1876, tres retratos, entre los cuales sobresalía el de D. José Rivero, un cuadro *El patio del exconvento de San Isidro del Campo en Santiponce* y un *San Enrique*, alcanzando en aquel certamen una medalla de segunda clase; en la de 1878, un lienzo de grandes dimensiones titulado *La educación del príncipe D. Juan*, que fué premiado con primera medalla y adquirido por el Gobierno y figuró en la Exposición Universal de París de aquel mismo año; y en la de 1881, *La vuelta del torneo* y seis retratos, uno de los cuales, el de S. M. el Rey D. Alfonso XII, pertenece a la colección de la Real Casa.

En la de 1887 presentó tres retratos y un lienzo titulado *Doña Inés de Castro*, que obtuvo una medalla de primera clase y figuró en la Exposición de cuadros españoles que se celebró en 1891 en el palacio de la Exposición de Berlín y fué la obra más notable de las admiradas en aquel gran certamen del arte europeo.

Concurrió Martínez Cubells posteriormente a otras muchas exposiciones nacionales y extranjeras, obteniendo en muchas de ellas recompensas honoríficas y entre sus principales obras de esta época merecen especial mención gran número de retratos de varios personajes elevados y los lienzos suyos que se admiran en el templo de San Francisco el Grande, de la corte, *La impresión de las llagas de San Francisco, San Marcos y San Lucas*.

En 1870, mediante reñidas oposiciones, ganó la plaza de primer restaurador del Museo del Prado, en donde ejecutó numerosas e importantísimas obras. En esta clase de trabajos es notable el que realizó restaurando el cuadro de *San Antonio* de Murillo, robado de la catedral de Sevilla y recobrado en América. En premio de esta restauración, que motivó un brillante informe de una comisión especial de la Academia de San Fernando que se publicó en la *Gaceta de Madrid*, el cabildo de Sevilla le abonó una crecida suma y le regaló una medalla conmemorativa y el Ayuntamiento de la misma capital le obsequió con un reloj magnífico y le declaró hijo adoptivo de la ciudad.

Elegido en 1891 individuo de número de la Academia Española de Bellas Artes de San Fernando, al tomar posesión del cargo leyó un erudito discurso en que hacía un estudio crítico comparativo de la obra de los pintores españoles de los siglos XVI y XVII con la de los italianos especialmente, deduciéndose de su trabajo que Juanes fué, con Morales el *Divino*, el iniciador del Renacimiento en España. Afirmaba, además, que March fué digno émulo, en la pintura de batallas, del celeberrimo Salvator Rosa y que el *Spagnoletto* no solamente no tomó nada de la escuela napolitana, sino que influyó en ésta de un modo cierto. Terminaba su discurso el insigne pintor haciendo profesión de fe realista, casi naturalista.

En 1892 fué elegido individuo del Jurado de calificación de la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América; en dicha Exposición presentó, fuera de concurso, cuatro retratos que merecieron los más entusiastas elogios.

El pincel de Martínez Cubells era un pincel realista enamorado de la naturaleza y del color, y cultivó los más diversos géneros, el histórico, el religioso, el de costumbres, el paisaje y el retrato, habiendo producido en todos ellos obras verdaderamente magistrales que le conquistaron grande y merecida fama no sólo en España sino también en el extranjero. Esta variedad y esta bondad de su producción pudo conseguirlas gracias al dominio absoluto que poseía de la técnica, a su profundo espíritu de observación y a su erudición vasta y sólida.

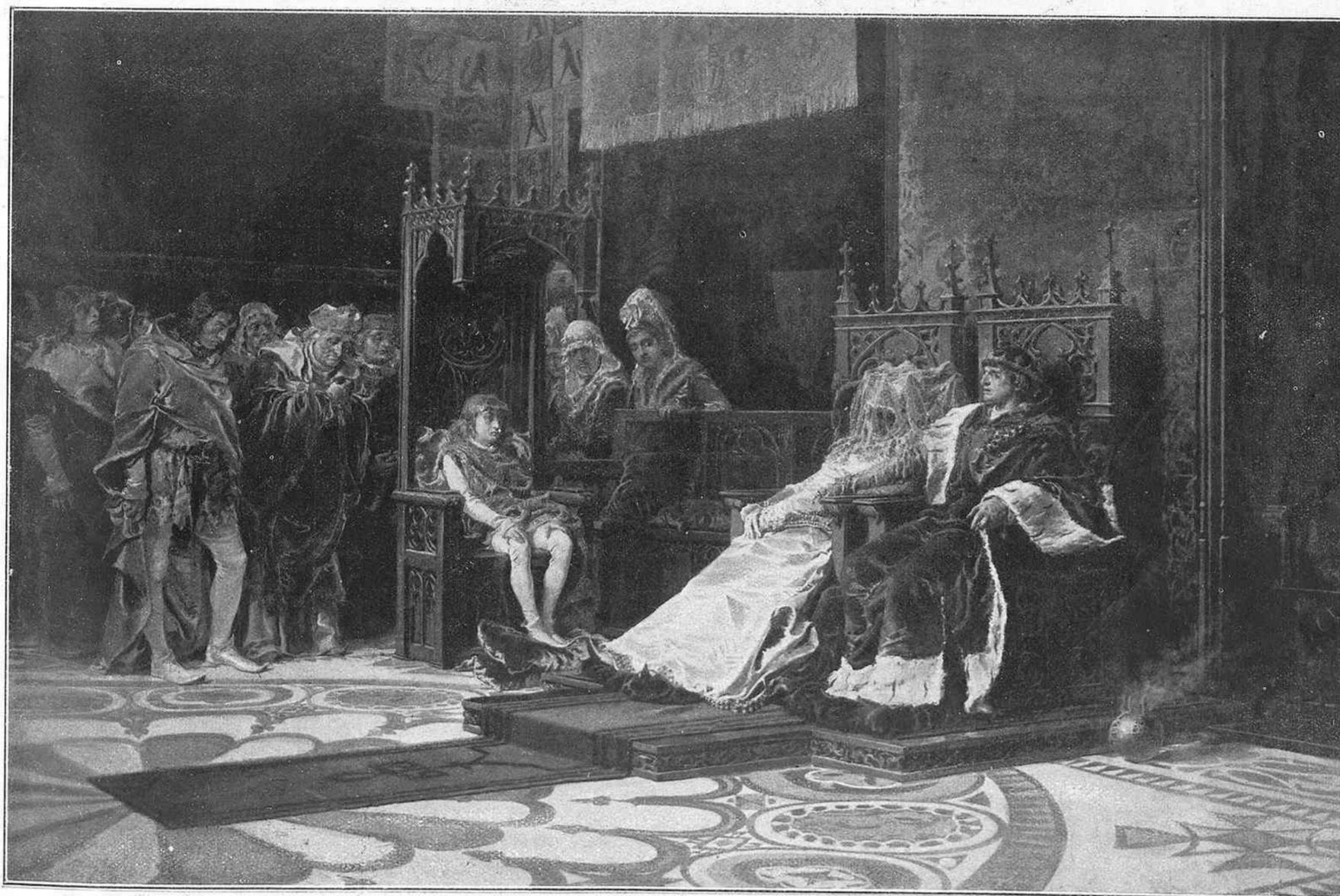
En muchas ocasiones dedicóse, con gran éxito, a la crítica artística, colaborando en varias revistas.

Era profesor de término de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid y estaba en posesión de la gran cruz de Isabel la Católica, de la encomienda de número de Carlos III, de la cruz de San Miguel de Baviera y de otras condecoraciones.

¡Descanse en paz! — T.



REGRESO DE LA PESCA, dibujo de Salvador Martínez Cubells



DOÑA INÉS DE CASTRO, célebre cuadro de Salvador Martínez Cubells que fué premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887 y figuró en la Exposición Universal de Berlín de 1891, siendo objeto de general admiración

BERLIN

EL 55.º CUMPLEAÑOS
DEL EMPERADOR

En toda Alemania se ha celebrado con grandes fiestas el 55.º cumpleaños del emperador Guillermo II, que nació el 27 de enero de 1859, habiendo revestido estas fiestas especial espléndidez en la capital del Imperio, residencia de la corte.

Desde las primeras horas de la mañana acudieron al palacio imperial las bandas de varios regimientos que ejecutaron algunos corales y cánticos antiguos, y a los pocos momentos aparecieron en los balcones el emperador y la emperatriz, a quienes la multitud saludó con entusiastas aclamaciones de simpatía.

Después del desayuno de familia al que asistieron los hijos y las nueras del emperador, excepción hecha de la princesa Victoria Luisa que, por consejo de los médicos no pudo moverse de su residencia de Brúnswick, se celebró una función religiosa en la capilla de palacio, en la que estaban reunidos los altos dignatarios de la corte, el Gobierno, el Cuerpo Diplomático y demás elementos oficiales. Terminado el oficio, el emperador, al frente del cortejo, encaminóse al gran salón blanco en donde se efectuó el desfile de honor, en el que tomaron parte, entre otros, los siguientes soberanos reinantes: el rey de Sajonia y sus dos hijos, la reina de Grecia, el gran duque y la gran duquesa de Baden, el gran duque y la gran duquesa de Mecklenburgo, el gran duque y la gran duquesa de Sajonia Weimar, el gran duque de Oldenburgo, el duque de Brúnswick, el duque de Sajonia-Altenburgo, el duque y la duquesa de Sajonia Coburgo y Gotha, el príncipe heredero de Rumania y su hijo Carlos, el príncipe de Hohenzollern, el príncipe de Schaumburgo-Lippe, el príncipe de Reuss y el príncipe de Waldeck. Concluido el desfile, Guillermo II salió de palacio, entre las salvas de la artillería y los cantos del himno nacional, y atravesando el paseo *Unter den Linden* dirigióse al arsenal para dar el santo y seña del día que fué «¡Viva S. M. el Emperador!»

Por la noche asistió la familia imperial a la función de gala que se dió en el



Último retrato del emperador Guillermo II de Alemania hecho hace pocos días por W. Niederaastroth, fotógrafo de la Corte imperial, con motivo del 55.º cumpleaños de S. M. I. (Fotografía remitida por Carlos Trampus.)

una razón mayor, y ha mantenido la paz de la Europa, aun contra el deseo de algunos de sus ministros.»

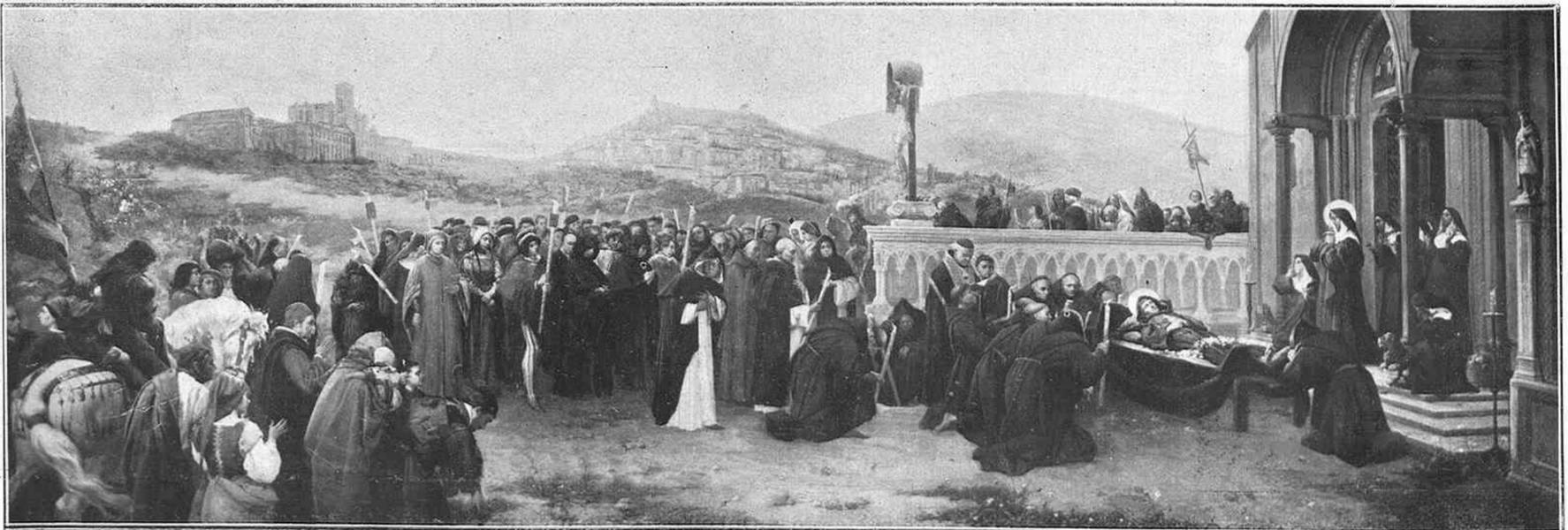
Comparando el retrato del emperador Guillermo II de Alemania que adjunto publicamos con otros suyos de fecha también reciente, como el que publicamos hace cosa de un año en el número 1.644 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se observa perfectamente cuánto ha envejecido el Rey de Prusia de poco tiempo a esta parte.

teatro de la Opera. En la primera fila del palco de honor sentáronse el emperador, la emperatriz, la reina de Grecia, la princesa Cecilia de Prusia y el rey de Sajonia; detrás de ellos agrupábanse muchos grandes duques y príncipes reinantes; los demás príncipes de Prusia ocuparon otros palcos laterales.

Hablando del cumpleaños del emperador, el corresponsal en Berlín de *Le Figaro* de París ha enviado a este diario un artículo del cual creemos interesante traducir algunos párrafos, en los cuales se contienen alabanzas a Guillermo II que, por tratarse de un periodista francés, tienen singular importancia.

«No creo equivocarme — dice — añadiendo que la gran mayoría del pueblo alemán se asocia a esta fiesta. Los mismos socialistas que, por convicción y por principio, permanecen siendo enemigos del emperador, se han sentido en muchas ocasiones desarmados por esa buena voluntad ardiente aplicada por entero a la grandeza de Alemania.

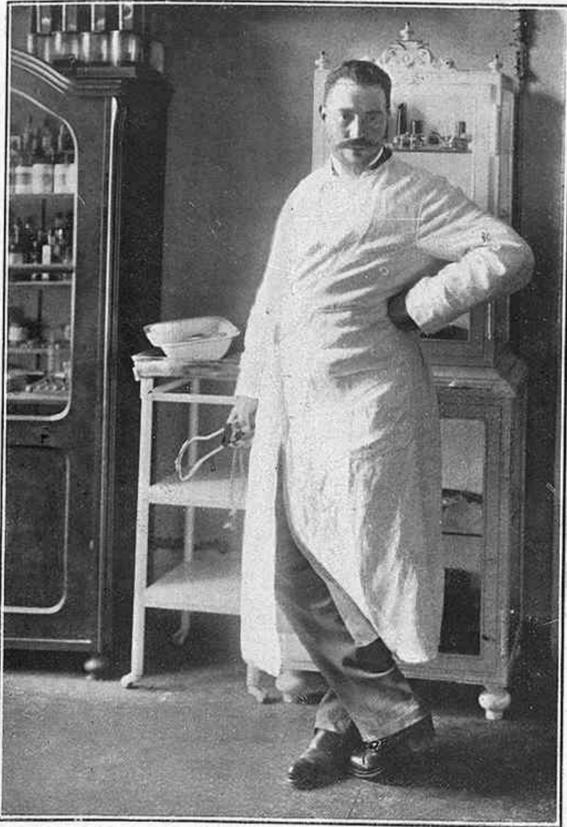
»En cuanto a nosotros, los extranjeros, la simpatía que puede sugerirnos esta personalidad resuelta, de inteligencia siempre despierta, hállase acrecida por el hecho de que este monarca, después de haber consagrado casi toda su vida al aumento del ejército y de la armada, así como a la organización de uno y otra; después de haber arrastrado, en un impulso fogoso, detrás de sí a su pueblo, en un principio vacilante y recalcitrante; después de haber así forjado durante veinticinco años y con incansable perseverancia el mejor instrumento de guerra que el mundo haya jamás conocido, se ha negado, sin embargo, a servirse de él sin



EL ENTIERRO DE SAN FRANCISCO, cuadro de Pablo Bartolini existente en la Galería de Arte Moderno, de Roma (De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

S. A. EL PRÍNCIPE LUIS FERNANDO DE BAVIERA

Este príncipe ilustre, digno compañero de la sabia y virtuosa infanta Doña Paz de Borbón, estima mucho más que los timbres gloriosos de su nombre, enlazado con el de la familia real bávara, los que ha sabido conquistarse con su talento y su



S. A. el príncipe D. Luis Fernando de Baviera, doctor en Medicina, esposo de S. A. R. la infanta Doña Paz de Borbón. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Alfonso y la princesa María del Pilar. Es doctor en medicina, individuo honorario de la Real Academia de Medicina española, general de caballería y del cuerpo de sanidad bávaros, inspector honorario del cuerpo de Sanidad Militar de España, gran prior de la orden bávara de San Jorge, caballero del Toisón de Oro, de la orden del Águila Negra, etc.

Es además excelente músico; toca a la perfección el violín y no se desdén de ocupar un puesto en la orquesta del Teatro Real de Múnich en los grandes festivales wagnerianos que todos los veranos se celebran en la capital de Baviera.

LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE SAN PETERSBURGO

El día 2 de enero último la Biblioteca pública imperial de San Petersburgo celebró el centenario de su fundación. La base de esta biblioteca fué la rica colección de los condes José y Andrés Zaluski que se componía de 200.000 volúmenes y fué llevada a aquella capital después de la paz de Varsovia. Desde entonces se ha enriquecido considerablemente hasta el punto de que en la actualidad cuenta 3.600.000 volúmenes, folletos y publicaciones diversas, siendo la tercera de las bibliotecas del mundo.

En la época de su fundación, apenas había en ella publicaciones en lengua rusa, pues la colección Zaluski sólo contaba ocho; hoy, en cambio, el número de aquéllas se eleva a 1.200.000.

Esta biblioteca se impone a la atención no sólo por el número de obras que contiene, sino también por el valor inestimable de algunas de ellas; posee, entre otros, algunos manuscritos de los Evangelios y del Alcorán que datan de la antigüedad más remota. Es muy rica asimismo en obras francesas, gracias a la colección reunida por un secretario de la embajada rusa en París, llamado Donorovski, que, durante la Revolución francesa, consiguió salvar de una destrucción cierta, muchos volúmenes y manuscritos de gran valor.

Admirablemente administrada, la Biblioteca Imperial de San Petersburgo es accesible a todos cuantos deseen visitarla, y con recursos relativamente modestos, pues hasta estos últimos años su presupuesto no se ha elevado a un millón de francos, ha conseguido siempre, gracias precisamente a su buena administración, satisfacer las necesidades intelectuales de todos los que a ella acuden. El centenario se ha celebrado con brillantes fiestas y solemnidades de carácter científico.

EL EXPLORADOR EVANS EN PARÍS

El comandante Evans, segundo jefe de la expedición al Polo antártico, en la cual nos ocupamos en los números 1.625 y 1.641 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la que hallaron gloriosa y trágica muerte el capitán Scott y algunos de sus infortunados compañeros, ha visitado recientemente París, acce-

diendo a la invitación que le había dirigido la Sociedad de Geografía.

A su llegada, acudieron a recibirle el príncipe Rolando de Bonaparte, presidente de la mencionada Sociedad, el embajador de Inglaterra en Francia sir Francisco Bertie, el alcalde de París Sr. Chassaigne-Goyón y gran número de eminencias científicas y de ilustres exploradores, entre éstos el Dr. Charcot.

En honor de Evans se ha celebrado una brillante recepción en la Casa Consistorial. El alcalde y los Sres. Aubanel, secretario general de la Prefectura del Sena; Laurent, secretario general de la Prefectura de policía, y Quentín, presidente del Consejo general, pronunciaron entusiastas discursos saludando y ensalzando al intrépido explorador, el cual contestó agradeciendo aquellas manifestaciones y encomiando las hazañas de los principales exploradores franceses, de quienes puede estar Francia con razón orgullosísima.

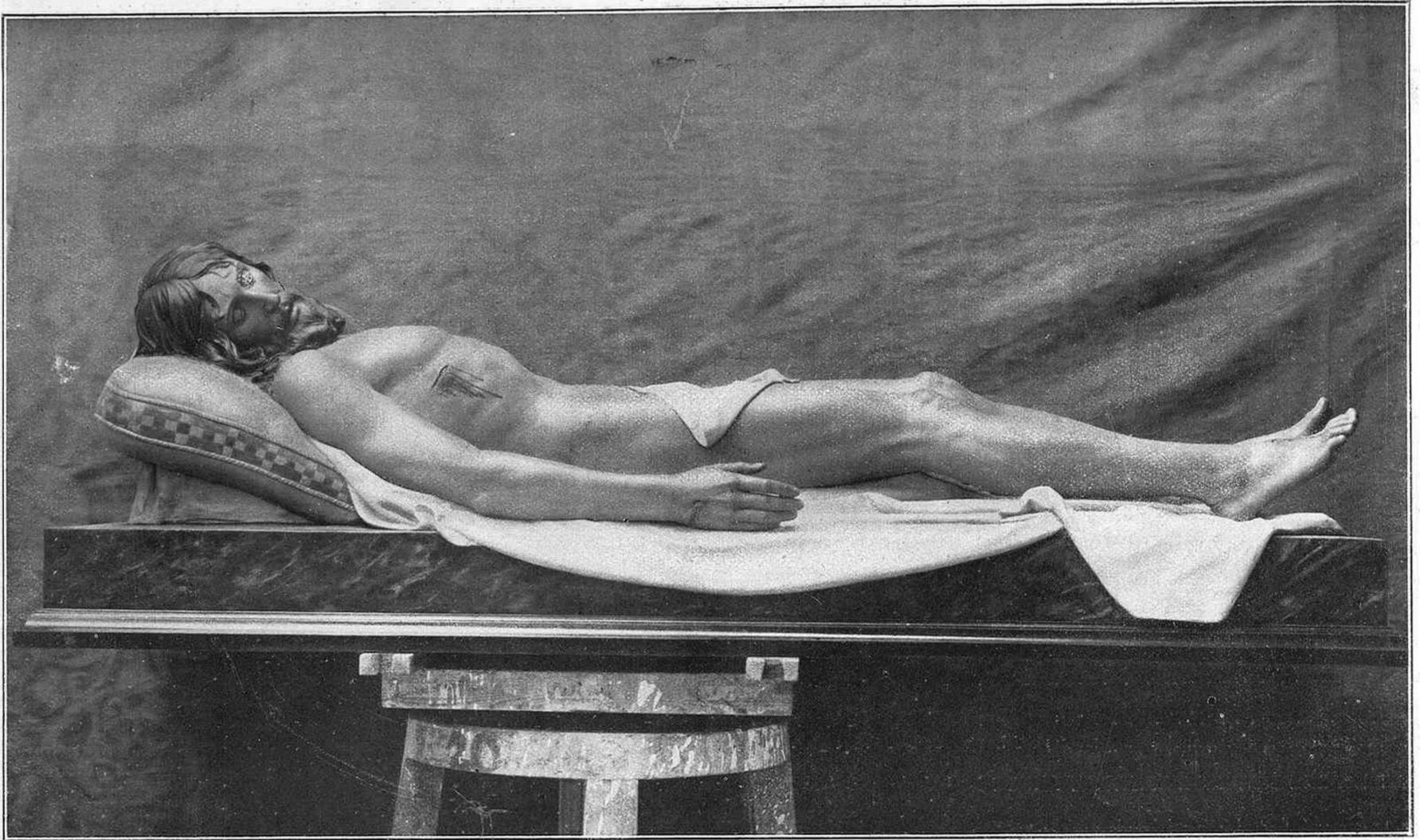


París. - Llegada del explorador antártico el comandante Evans (x), que formó parte de la expedición Scott. (Fot. de C. Trampus.)

El día 26 de enero último fué el comandante Evans recibido en la Sociedad de Geografía que, en honor suyo, celebró una sesión solemnísimas en la Sorbona que fué presidida por el príncipe Rolando de Bonaparte y a la cual asistieron el Presidente de la República Sr. Poincaré, el presidente del Consejo de Ministros Sr. Doumergue y otras personalidades del mundo científico y político. La conferencia del comandante Evans fué interesantísima y acogida con grandes ovaciones y al terminarla, el explorador recibió de manos del Presidente de la República la cruz de la Legión de Honor y del presidente de la Sociedad de Geografía una medalla de oro conmemorativa.



San Petersburgo. - Palacio de la Biblioteca Imperial, el centenario de cuya fundación se ha celebrado recientemente con grandes fiestas y solemnidades científicas. (De fotografía Bulla-Trampus.)



CRISTO YACENTE, escultura de Lorenzo Coullaut Valera destinada a la iglesia de San Francisco, de Santander

Por encargo de la Venerable Orden Tercera de Santander, ha ejecutado el notable escultor Sr. Coullaut Valera la estatua que adjunta reproducimos y que es de talla policromada en cedro. La divina cabeza está recostada sobre un almohadón, y tanto sus facciones dolorosamente contraídas como los cabellos que caen sueltos y en desorden dan a la figura una impresión de realidad que confirma el resto de la escultura. Esta magnífica obra ha estado recientemente expuesta en Madrid y ha merecido los más entusiastas elogios del público y de la crítica.



SAVONAROLA, cuadro de José Bargellini existente en la Galería de Arte Moderno, de Roma

(De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)



DANZA DE ALDEANOS cuadro de Pedro Pablo Rubens existente en el Museo del Prado de Madrid

BARCELONA

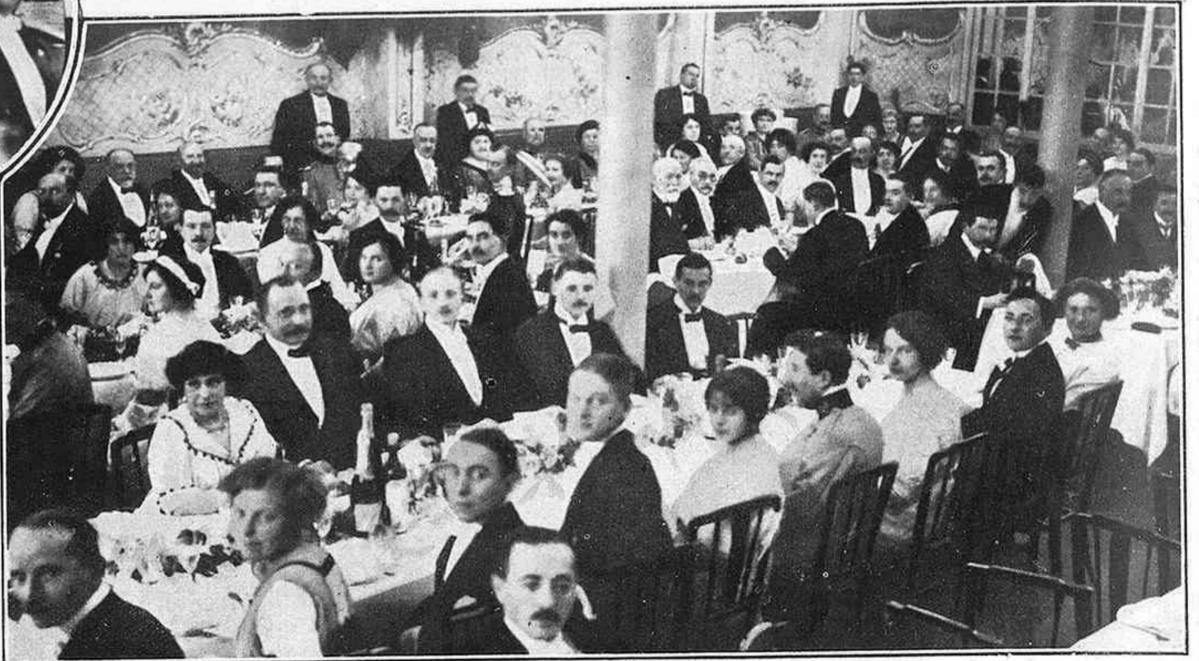
BANQUETE DE LA
COLONIA ALEMANA

La colonia alemana residente en nuestra capital, siguiendo la costumbre de todos los años, festejó el aniversario del natalicio del emperador Guillermo II con un suntuoso banquete, que se celebró el día 27 del próximo pasado enero en la Maison Dorée, y al que asistieron como invitados todas las autoridades locales, el general Brandéis, una numerosa comisión de jefes y oficiales del regimiento de Numancia, del cual es coronel honorario el Káiser, y el cónsul de Austria-Hungría.

Presidió el banquete el general Weyler, a quien acompañaban el cónsul de Alemania Sr. Plehn, el alcalde Sr. Sagnier, el gobernador civil Sr. Andrade, la señora marquesa de Castellflorite, esposa del coronel efectivo del citado regimiento, el Sr. Méyer, presidente del Círculo Alemán, y el general Brandéis. Un quinteto interpretó la Marcha Real española al penetrar los comensales en el salón, que se hallaba adornado con banderas españolas y alemanas artísticamente enlazadas, y en cuyo testero destacábanse los retratos de gran tamaño de SS. MM. el emperador Guillermo II y el rey Alfonso XIII orlados de paños de los colores nacionales respectivos.



El general Weyler, el cónsul alemán señor Plehn y el alcalde señor Sagnier, que presidieron el banquete.



Barcelona. — Banquete celebrado por la colonia alemana en la Maison Dorée para festejar el 55.º cumpleaños del emperador Guillermo II. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

una compañía con varios muchachos de la vecindad y en el teatro de un casino representó *El puñal del godo*, desempeñando el papel de Ermitaño.

El 1864, después de haber asistido a las clases de declamación del Conservatorio de esta ciudad, que dirigían D. Víctor Balaguer y D. Manuel Angelón, entró en la compañía de D. Andrés Cazorro, que actuaba en el Odeón, estrenando con grandísimo éxito algunas de las famosas *gatadas* de Pitarra y conquistándose en seguida la predilección del público. Poco después pasó al Teatro Romea, formando parte de aquella inolvidable compañía, gloria de nuestra escena y admiración de propios y extraños, en la que figuraban, además de Soler, artistas tan notables como las señoras Soler, Mirambell y Pi, y los señores Fontova, Cazorro, Llimona, Clucellas, Parreño, Goula y Fuentes. En aquel coliseo trabajó por espacio de cuarenta años, hasta que una grave enfermedad le obligó a abandonar las tablas.

Enumerar las obras por él estrenadas equivaldría a mencionar todo el repertorio del teatro catalán en aquel largo y glorioso periodo. Cada obra significaba para él un nuevo y grandioso triunfo, y los tipos por él creados no han sido igualados por nadie y todos fueron magistrales, porque Soler no representaba los personajes imaginados por los autores, sino que los vivía.

Retirado en estos últimos años en Tarrasa, allí fueron el año pasado a rendirle homenaje nuestros primeros literatos, artistas y actores; y allí ha muer-

LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES EN PARÍS

Con objeto de visitar los hospitales y centros de enseñanza de algunas capitales del extranjero, salieron hace algunos días de Madrid varios estudiantes de la facultad de Medicina acompañados de su catedrático, el Dr. Forns.

Entre los agasajos de que los estudiantes han sido objeto en París, merece especial mención la recepción brillantísima que en su honor se celebró en la Casa Consistorial.

Recibidos en el despacho del alcalde, éste, en un sentidísimo discurso, les dió la bienvenida en nombre del municipio parisiense, expresando el grato recuerdo que conservan los concejales de su visita a Madrid, alabando la belleza de nuestro idioma, el encanto de nuestra literatura y de nuestro cielo y los tesoros artísticos de nuestras ciudades, y dedicando entusiastas elogios a nuestro Rey. En análogos términos de afecto y simpatía se expresaron los representantes del prefecto del Sena y del prefecto de policía. El Dr. Forns, en un elocuente discurso, agradeció las frases que se les habían dedicado.

Después de la recepción los estudiantes españoles fueron obsequiados con un espléndido *lunch*, en el que el alcalde y el Dr. Forns brindaron por los jefes de ambos Estados, por los municipios de París y de Madrid y por Francia y España.

Además de París, los estudiantes han visitado Amberes, Brujas y Bruselas.



D. Acisclo Soler, eminente actor catalán fallecido en Tarrasa el día 26 de enero último. (De fotografía.)

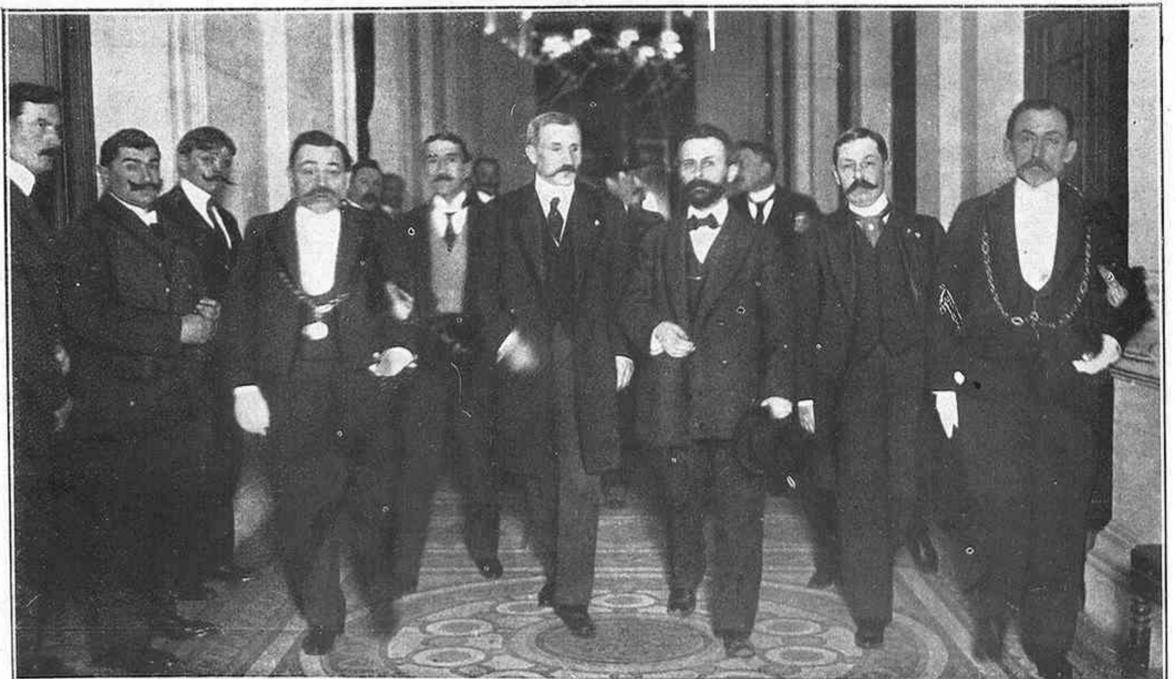
El Sr. Méyer inició los brindis dando las gracias por su asistencia a las autoridades, a la comisión del regimiento de Numancia y al cónsul de Austria-Hungría, dedicando calurosos elogios a nuestro monarca, explicando la significación del acto que se celebraba y alzando su copa por D. Alfonso XIII, por el ejército español, por España y por Barcelona.

El Sr. Plehn, después de saludar a las autoridades, expuso los sucesos felices acontecidos en Alemania durante el año 1913.

El general Weyler agradeció la atención que con él se había tenido ofreciéndole la presidencia del banquete, así como las halagadoras frases pronunciadas por los Sres. Méyer y Plehn en honor de nuestro soberano y de nuestro ejército, y terminó con un vivá al emperador de Alemania.

ACISCLO SOLER

Este genial actor, uno de los creadores y una de las glorias más grandes y más legítimas del teatro



París. — Recepción en la Casa Consistorial de los estudiantes madrileños que dirigidos por el Dr. Forns han efectuado una excursión científica. (De fotografía de Archives du Miroir.)

EL DIARIO DE SIMONA (LE COMTE DE PALENE)

NOVELA ESCRITA POR JUAN DE LA BRETE, AUTOR DE «UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA», PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA. (Conclusión.)



El conde besó de nuevo la mano que conservaba entre la suya. (Dibujo de Mas y Fondevila.)

— Escuche usted, Palene, dijo él con franqueza, es usted incontestablemente insoportable, y, a pesar de todo, le tengo amistad. Deseo sinceramente que vea colmadas sus aspiraciones.

— ¡Vamos!, dijo el conde riendo; bien sabía yo que tampoco esta vez reñiríamos.

Estrechó cordialmente la mano que Mauricio le tendía, añadiendo:

— ¡Decididamente, es usted un excelente muchacho, Mauricio!

— ¿Vendrá usted hoy mismo a decirme la contestación obtenida?

— Se lo prometo.

El conde encontró al general en su despacho.

Tendido en una butaca, en mangas de camisa, apoyados los pies en el borde de una mesa, atentamente leía una obra de historia.

— Me alegro de verle, Palene. Dispense la ligereza de mi traje, pero esté maldito calor...

— El calor, en efecto, es demasiado fuerte, general.

— Nadie lo diría, al verle vestido de paño negro. ¿Va usted a algún entierro?

— Aun no lo sé.

— ¡Cómo! ¿qué no lo sabe?

— General, tengo una petición que hacerle ahora mismo.

— ¡Ah! ¡perfectamente!.. ¿Le han encargado otra

petición de mano?, replicó el general que no carecía de experiencia en la materia.

— No me han encargado nada, repuso Palene, aspirando una gran cantidad de aire para recobrar el aplomo que le faltaba. Vengo por mi propia cuenta, y tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

— ¿Eh?

El general, que creía firmemente en el celibato del conde, y que nunca hubiera podido imaginarse tenerlo por yerno, se levantó estupefacto.

Sin apartar la vista de Palene, se puso el chaleco y la americana con la idea un poco vaga de que aquellas prendas de vestir le abrirían horizontes.

Después de lo cual, volvió a sentarse lentamente, y debutó con esta exclamación:

— ¡Vaya, vaya!

Palene, impasible, contemplaba sus manos aprisionadas en unos guantes demasiado estrechos que le ponían nervioso. Meneaba todos sus dedos, uno tras otro, con impaciencia.

— ¡Pero hombre!, dijo el general, ¿usted se figura conocer a mi hija?

— Si no la conozco a ella ¿a quién, diantre, quiere usted que conozca? Hace tres meses que la veo casi todos los días.

— ¿Entonces, conoce usted todas sus ideas?

— ¿Lo sé yo, acaso, si conozco todas sus ideas?,

exclamó el Sr. de Palene con aire furioso. Lo que digo a usted, general, es que su hija es la mujer más encantadora que en mi vida he visto; la amo y quiero casarme con ella.

— ¡Que es encantadora, lo sé!, contestó el general orgulloso. Mas por lo que toca a casarse con ella... ¡jem!

— ¿Qué me reprocha usted? ¿Quizás ha oído usted decir que yo era malo, misántropo, hurraño, arisco, mala lengua, qué se yo?.. Pero crea usted que valgo más que mi reputación. Puedo hacer feliz a una mujer; puedo, y esto lo he hecho ya, amarla con toda mi alma.

— ¡No lo dudo, amigo mío; y en cuanto a la reputación de usted, me tiene sin cuidado! ¿No me cree usted capaz de tener mi opinión propia? ¿Cree usted, añadió acalorándose, que las murmuraciones, los chismes, las habladurías determinan mis apreciaciones como si yo fuese la madrastra de Paula?

— No creo nada, general, contestó Palene a quien aquella cólera repentina divirtió un instante; pero vamos al caso, se lo suplico.

— ¡Ah! ¡el caso!..

El general, apurado, no sabía cómo abordar la cuestión, pero el conde le ayudó.

— General, me he dirigido a usted a fin de conocer la verdad sin tardanza, sin tergiversaciones. ¡Dígame si tengo o no probabilidades de éxito!

— ¡Gracias a Dios!, esa manera de hablar me gusta; amigo mío, me es usted muy simpático, pero no le gusta usted a mi hija.

— ¡Ah!, dijo Palene, que se sintió palidecer súbitamente.

— ¡Qué quiere usted!.., mi hija tiene sus ideas... Ideas muy bonitas, que va a buscar no sé dónde, en las nubes, en las nieblas. Tiene el espíritu poético, como dice su tío. Así es que le encuentra a usted escéptico, burlón. Usted le disgusta y le impacienta... me lo ha dicho...

El Sr. de Palene permaneció un momento sin contestar.

Pero luego continuó con una voz cuya alteración sorprendió al general:

— Es lo que temía, aunque... ¡En fin, no hablemos más!

— ¡Pobre amigo mío!, ¡cuánto lo siento!.. Pero, ¿ha comprendido usted nunca nada de las muchachas?..

El conde hizo un gesto de impaciencia, como para apartar una idea importuna. Se levantó, se quitó los guantes, se los metió en el bolsillo, dió vueltas y más vueltas a su sortija, mientras se escapaba de sus labios un pequeño silbido de rabia, y dijo al fin con su tono ceremonioso y cortés:

— Pues bien, general, si usted quiere, guardaremos el secreto sobre mi paso. Deseo conservar mis buenas relaciones con su distinguida familia; es pues inútil introducir en estas relaciones un elemento de embarazo.

— Con mucho gusto, amigo mío, contestó el general exhalando un suspiro de desahogo. Me considero muy honrado por su petición, y en el puesto de mi hija... Pero mis simpatías personales no pueden influir en las suyas.

Media hora después, Palene, con el rostro demudado, como si acabase de pasar una enfermedad, se encerró bajo llave en su cuarto.

Allí estuvo tres horas, con gran alarma de sus criados a quienes había asustado la alteración de sus facciones.

Y si los que, no queriéndole, negaban que tuviese corazón, hubiesen podido penetrar a su lado, hubieran visto que aquel hombre tan burlón y tan mordaz lloraba como un niño.

Pero después de aquella primera explosión de dolor, se sacudió como un perro mojado, mandó enganchar y se fué a casa de Servín, que le esperaba con impaciencia.

Su rostro descompuesto asombró algo a Mauricio, quien, al verle pasearse por el salón como un oso irriado, no se atrevía a preguntarle nada.

— ¡Calabazas, Servín!

— ¿Cómo, calabazas? ¿Así de buenas a primeras, sin reflexión? ¡No es posible!

— Es posible, puesto que es verdad.

— ¿Pero la señorita Kavel no se ha pronunciado todavía?

— No le gusto... Dicen que tiene el espíritu poético... ¡Poético! ¡Qué imbéciles son todos!

— Pero, Pedro, hay que hablar con el Sr. de Talrec. El general ha podido engañarse.

— ¡Usted no sabe lo que se dice! ¿Cree usted que yo quiero ser aceptado por conveniencia o a falta de otro partido que sea mejor? ¡No le gusto y... se acabó!

— Pero...

— ¡Vaya usted al diablo! Soy tan tonto como usted y no lo sospechaba, ¡ni más ni menos! Hablemos de otra cosa... y ¡viva la alegría!

Se puso a desollar al general, a quien apreciaba, y, cogiendo un violoncelo que permanecía perpetuamente en casa de su primo, se abandonó, tocando, a sus pensamientos.

Pero estos pensamientos eran tan tristes, que el arco llenaba el salón de quejas lamentables, desoladas, que enervaban al desdichado Servín.

XV

Mientras tanto, el general, turbado por la emoción que el conde había dejado ver, y no considerándose obligado, respecto al Sr. de Talrec, por su promesa de discreción, vistióse de prisa y se hizo conducir a casa de su cuñado.

— Talrec, exclamó al entrar, ¿hubiera creído usted jamás que Palene quería casarse?

— Sí, ya lo había adivinado.

— ¿Había adivinado usted también que quería casarse con mi hija?

— ¡Perfectamente!.. Es el hombre capaz de apreciar a semejante mujer.

El general, absorto, estuvo varios segundos sin decir nada.

— ¿Entonces, por qué diablos decía que el matrimonio le inspiraba horror, que no tenía confianza ninguna en las mujeres, y una porción de otras majaderías?

— Le conoce usted bastante para saber que con muchísima frecuencia dice lo contrario de lo que piensa.

— En fin, acaba de salir de mi casa, y me ha pedido la mano de mi hija.

— Estoy ansioso de conocer la contestación de Paula.

— ¡Cómo, la contestación de Paula!.. Se da por sabida. He dicho, naturalmente, que este matrimonio era imposible.

— ¿Y por qué imposible?

— Usted sabe muy bien que mi hija no le puede sufrir, me lo ha dicho veinte veces, y he declarado la verdad a Palene que insistía por saberlo sin demora.

— Pues bien, mi querido Kavel, yo no opino como usted. No creo en la antipatía de Paula, y pienso que una palabra bastaría para que ella amase a Pedro que la ama apasionadamente.

— Una palabra... ¿Qué palabra?

— ¡Ah!, eso toca a la parte interesada, contestó el barón riendo. Si, personalmente, no tiene usted ninguna objeción contra ese matrimonio, deje usted que Palene se explique directamente con Paula. Una entrevista aquí mismo es muy fácil de organizarse.

— ¡Oh!, si le gusta, no veo objeción... sobre todo si usted no encuentra ninguna. ¿Entonces, a usted se le había ocurrido... usted lo deseaba?

— Desde hace mucho tiempo... Quiero a Pedro un poco como si fuera hijo mío.

El general, aturdido, trastornado al pensar que el porvenir de su hija iba quizás a decidirse, se abismó en profundas reflexiones.

— A pesar de todo, repuso, persisto en creer que no le gusta a Paula.

— Yo persisto en creer lo contrario.

— Pero, ¿qué hacer ahora?, porque he negado categóricamente.

— Yo lo arreglaré. Si Pedro no viene hoy a verme, lo que me extrañaría, le escribiré dos líneas rogándole que pase por aquí. ¿Ha prevenido usted a la señora Kavel?

— No, ha salido. Odia a Palene, y va a presentar una infinidad de objeciones que me fastidiarán y turbarán a Paula. Le hablaré cuando sepa la idea de mi hija.

— Como usted quiera. Pero creo que es poco correcto.

— ¡Ah!, ¡bah!.. En fin, ya veré.

Al separarse de su cuñado, el general, en vez de regresar a su casa, resolvió ir a ver a Servín para ponerlo sobre el capítulo del Sr. de Palene.

Al subir al salón, las quejas del violoncelo le anunciaron claramente que el conde se le había adelantado.

«¡Mejor!, pensó. Voy a ser bastante amable para hacerle sentir la verdad.»

Servín lo acogió con su acostumbrada afabilidad tímida; pero Palene, que, al verlo, había entrado en una gran fusa de irritación, le saludó con aire cohibido y huraño que heló al general. Este se puso a hablar con Mauricio mientras el conde, sin abandonar el violoncelo, hacía vibrar sus cuerdas con mano impaciente.

El general, cada vez más embarazado, no sabía qué actitud adoptar.

Viendo una revista abierta sobre una mesa, preguntó a Servín, para decir algo:

— ¿Qué lee usted?

— Es una revista nueva que recibo desde algún tiempo.

— ¡Ah!, sí... la reconozco. Recibí un número hace unos días, y he leído un artículo mal escrito sobre ese miserable Coriolano.

— ¡Coriolano un miserable!.. exclamó Palene. Es quizás uno de los caracteres más hermosos que conozco.

El general, contento de verle deponer su actitud enojada, creyó que se trataba de una broma y se echó a reír.

— No dió pruebas de ello.

— ¡Usted encuentra que no dió pruebas de ello!, replicó el conde con un acento tan convencido que el Sr. Kavel se dejó engañar. ¿No admira usted el valor de que dió pruebas pisoteando necias preocupaciones?

El general, cuyo puro patriotismo no admitía que ni por asomo se pudiese tomar en broma el sentimiento patriótico, respondió con calor:

— ¡Necias preocupaciones! ¡Vive Dios! ¡Llama usted preocupaciones al amor patrio?

— ¡Claro!

— ¿Marcharía usted contra su país, como ese infame Coriolano?

— Los romanos le habían fastidiado, contestó Palene, dando con el arco un recio golpe en las cuerdas.

— Ningún fastidio puede excusar tal acción. Supongo, caballero, que dice usted lo contrario de lo que piensa.

— ¡Un demonio! No acostumbro hacerlo. Digo que Coriolano hizo bien, pese a todos los generales franceses tomados en masa o en particular.

El general se había levantado.

Erguía el cuerpo cuya altura inverosímil parecía alargarse bajo la influencia de su verdadera indignación.

Palene, que seguía sentado, con la cara más huraña que nunca, inclinado sobre su violoncelo, empezaba un aire sentimental que interrumpía levantando la cabeza para expedir sus contestaciones como proyectiles, mirando delante de sí con ojos fulminantes.

Servín quiso intervenir, pero el general, excitado, no le escuchaba.

— ¡Sostener a Coriolano!, decía dando grandes pasos por el salón, es rebasar todos los límites de la originalidad.

— ¡Es probar que uno tiene sentido común!, gritó Palene.

— ¡Es probar que carece uno de sentido moral, caballero!, contestó irritado el general con voz de trueno.

— ¿El sentido moral?.. ¡Chilindrinas!

— ¡Chilindrinas!.. ¿Ha dicho usted chilindrinas, caballero?

— Lo repito.

— ¡Me alegro de saberlo!..

El general cogió el sombrero y se precipitó por la escalera.

Pero aun no había bajado cinco escalones cuando su buen sentido natural le hizo ver todo el ridículo de la situación, y volvió a subir inmediatamente.

Dió satisfacciones a Mauricio, y adelantándose hacia el conde, tendióle amigablemente la mano con franqueza.

Mas Palene, que no se apaciguaba tan fácilmente, le saludó con altivez y le dió un dedo.

Esta impertinencia exasperó de nuevo al general, que partió furioso, sin querer escuchar las observaciones conciliadoras de Servín.

Se hizo conducir a escape a la casa del Sr. de Talrec.

— Su Palene no es más que un perillán, le dijo sin preámbulo.

— ¿Y eso?

— ¡Un impertinente! Un hombre sin fe ni principios, continuó el general enjugándose la frente. ¡Yo tener por yerno a ese hombre!

— ¿Qué ha pasado?

— ¡Dice que el sentido moral es una chilindrina y adora a Coriolano!

— ¿Qué quiere usted hacer de Coriolano?, preguntó el barón aturdido.

El general le refirió acaloradamente la discusión con el conde.

— Y cuando he querido reconciliarme dándole la mano, ¿qué ha hecho él? ¡Me ha tendido un dedo, un solo y único dedo!.. Talrec, ¿comprende usted esto?

El barón se echó a reír de tan buena gana, que el general le miró enfadado.

— ¡Cosas bien suyas! Cuando usted le vió, estaba en una disposición de espíritu capaz de contradecir al Papa en persona. Tenga usted la seguridad de que tiene tanto sentido moral como usted y como yo mismo.

Las cóleras del general semejaban llamaradas. Kavel se separó de su cuñado completamente apaciguado.

En el camino, su coche se cruzó con el del conde que llegaba con una velocidad furiosa a casa del Sr. de Talrec.

La irritación facticia de Palene le hubiera hecho bien si hubiese durado, pues, a medida que se calmaba, el desaliento le abatía.

Pero la vista del general, a pesar de que éste le hizo un gesto amistoso, le irritó de nuevo.

Entró en casa del barón con el rostro muy encendido.

— ¡Ha visto usted a ese alambre de general! ¡Qué estúpido personaje!

— ¿Porque no es partidario de Coriolano?, preguntó el barón sonriendo.

— ¿Va usted a vilipendiarlo también?, respondió asombrado.

- No comparto la admiración de usted, simplemente, y usted confesará que es al menos chocante el enfadarse a propósito de Coriolano con un hombre que mañana puede ser su suegro.

Palene, que se había sentado con aire abatido y miraba vagamente delante de sí, despertó con sobresalto.

- ¡Qué dice usted!

- En el momento en que usted llegaba iba a escribir a usted para suplicarle que viniese a verme. Kavel me habló de la petición que usted le ha hecho y le he convencido de que su contestación había sido demasiado pronta. Paula debe pronunciarse por sí misma en una circunstancia tan grave. El general al encontrar a usted en casa de Servin, deseaba hacerle presentir que debía esperar; pero Coriolano ha venido a estorbar repentinamente sus buenas intenciones.

- Pero si me afirmó que yo no le gustaba a la señorita Kavel.

- No sabe nada de eso; ni yo tampoco... Habla de una apreciación que data al menos de dos meses y que ha podido muy bien sufrir alguna modificación. En fin, mi querido amigo, yo le apreció a usted lo bastante para haber querido poner todas las probabilidades de parte de usted, y he obtenido que usted mismo abogará por su causa. La emoción de un hombre que ama es el más convincente de los argumentos.

- Talrec, exclamó el conde, usted...

Pero su acentuada emoción no le permitió continuar.

- Sí, añadió por fin, tratando de sonreír; usted me ha impedido a menudo odiar a la humanidad; hoy estoy dispuesto a besar hasta un molusco. ¿Y cuándo la prueba?

- Mañana, por la mañana, Paula vendrá aquí con su padre. Venga usted a cosa de las diez, y haremos que tenga una entrevista con ella.

- ¿Ella estará prevenida, sin duda?

- No..., al menos por nosotros; pero su instinto femenino debe ser muy indiscreto.

XVI

La señorita Kavel, a la mañana siguiente, acababa de vestirse cuando Simona entró precipitadamente en su cuartito y se echó a su cuello con emoción.

- ¡Ah!, Paula, si supieras... Pero he prometido no hablar.

Arrastrando a su hermana delante del balcón, le dijo:

- Cuando vuelvas ante ese paisaje que tanto te gusta, ya no le verás bajo el mismo aspecto. ¡Mi bella, mi sencilla Paula, pronto me dirás si la profetisa Simona vió o no claro en los movimientos de tu alma, cuando meditabas profundamente ante tu adorada noche.

La miró montar a caballo, y cuando Paula se volvió para mirarla, ella le gritó:

- ¡Ser amada!..., ¡ah!, ¡la frase es en extremo encantadora!

La emoción y las palabras de Simona habían hecho adivinar sin duda la situación a la señorita Kavel.

Por otra parte, la conducta excéntrica del general, sus preguntas a quema ropa y sus frases embrolladas hubieran bastado para hacérsela adivinar en seguida.

El general se detenía a cada instante para mirarla con atención, mordiéndose fuertemente el bigote a fin de retener más tiempo el secreto pronto a escaparse.

- ¿Tienes ganas de casarte, Paula?

- Pero, papá, eso depende del marido que tengas que presentarme.

- No tengo ningún marido que presentarte, contestó el general con un espanto revelador. Es simplemente una idea que se me ha ocurrido. ¿Qué vas a pensar?

Pasó delante, y volviendo después hacia su hija, la miró de nuevo.

- ¿Tienes alguna idea particular sobre un tipo de marido especial?

- No sé, respondió Paula, poniéndose un poco colorada.

- El matrimonio, hija mía, es, según los moralistas, un verdadero cataclismo: y he pensado a menudo que era una avalancha de disgusto aplastando a un pobre hombre. Sin embargo, no quisiera desalentarte...

- ¡No estoy desalentada!, dijo la señorita Kavel riendo.

- Tienes razón; porque también se le puede comparar con no sé qué que reemplaza el desastre... ¡Por lo demás, tú me comprendes sin más explicaciones!.. ¿Pareces estar fatigada?

- He dormido mal.

- ¡Ah!.., yo tampoco he podido pegar los ojos... No hay que creer todo lo que dicen los moralistas. Sin embargo, el matrimonio me parece más bien un desastre que eso de que hablan para reemplazarlo. ¿Pareces estar preocupada?

- No, papá.

El general retuvo su caballo y se pasó un largo minuto contemplándola como un monumento curioso cuya arquitectura complicada ofrece al estudio un inagotable manantial de sorpresas.

Empezó una frase confusa que abandonó para decir con gravedad:

- ¿Por qué los curas van tan lejos, hasta el otro mundo a buscar misterios para presentármelos? Que miren lo que tienen cerca: una muchacha es el más sorprendente de los misterios.

No volvió a articular una palabra hasta su llegada a casa del barón, dejando a su hija muy perpleja y turbada.

El conde y el Sr. de Talrec los esperaban delante de la casa.

El general les estrechó la mano de una manera nerviosa, y como las lentitudes diplomáticas eran incompatibles con su carácter, dijo con franqueza al barón:

- Talrec, tengo que decir a usted dos palabras en particular.

- Pues subamos a la biblioteca. Palene y Paula nos esperarán paseándose.

El conde, pálido, impresionado, marchó largo tiempo silenciosamente al lado de la señorita Kavel. Cortada por el presentimiento de un desenlace próximo, Paula casi no se atrevía a romper el silencio.

Una impresión confusa de alegría y de esperanza se había apoderado de ella. Se detuvo en un sitio donde con frecuencia había venido a admirar los collados remotos y el valle que dominaba la roca contra la cual estaba apoyada.

Observaba con interés los esfuerzos del sol detrás de los blancos vapores que ocultaban colinas y valles. Poco a poco se disipaban, y aquella vista le hizo pensar en su espíritu que despertaba a las ideas de felicidades desconocidas.

Al poco rato, un vivo resplandor atravesó el húmedo velo, pero no duró más que un instante. Y, con un gesto involuntario, la señorita Kavel tendió la mano como para impedir que las nubes volvieran a cerrarse.

- Volverá dentro de un momento, le dijo el conde que había comprendido su gesto.

- Como una esperanza jovial, replicó ella maquinalmente.

- ¡O engañosa!..

Palene dijo con brusquedad, mirando fijamente delante de sí:

- ¿Recuerda usted el día en que le dije que era usted poetisa?

- Sí...

- ¿Recuerda usted que?..

Se interrumpió para murmurarse a sí mismo:

- ¡Al diablo las circunlocuciones!

Y prosiguió en un tono breve y ardiente:

- Lo que usted no puede recordar, es que entonces, desde hacía mucho tiempo, yo la amaba a usted... Es que entonces yo hubiera querido decirle que la encontraba poetisa no solamente por sus tendencias personales, sino porque era usted mi amor, mi esperanza..., la mujer que yo amaba..., que amo con todas mis fuerzas...

Su voz, lejos de afirmarse, temblaba cada vez más; él no se atrevía a mirar a Paula, que seguía en su rostro la violenta emoción que alteraba sensiblemente sus facciones.

¿Dónde estaban las dudas de la joven? ¿dónde sus vacilaciones sobre sus propios sentimientos?

Partían y se deslizaban lejos como los jirones del velo que el sol acababa al fin de rasgar. Se hallaba ahora en presencia de una mañana tibia, clara, cuya luz viva y dulce, a la vez penetraba hasta el fondo mismo de su alma.

- ¡Yo la amo a usted, contésteme!, repitió bruscamente el conde.

- ¡Yo también le amo a usted!, contestó ella simplemente.

- ¡Paula!..

Lanzó este nombre como un grito de triunfo, y se acercó a ella con un movimiento tan vivo que casi la asustó. Con una cortesía respetuosa, cogió, en su mano que temblaba, la de la muchacha; e, inclinándose profundamente, la retuvo largo tiempo apoyada sobre sus labios.

- ¡He aquí por fin la felicidad!..

- ¡La felicidad por el corazón!, le dijo ella sonriendo.

- Con la mujer que me ama... ¡Que me ama!.. ¡Repita usted esa palabra!

- Le amo..., es fácil de repetir, contestó ella, en el tono dulce y sencillo que él adoraba.

- ¿Tiene usted ahora confianza en el escéptico que tan poco le gustaba antes?

- No me gusta más hoy que antes..., pero amo al que le tiene por superficie, y, como le conozco bien, le doy mi fe con entera confianza.

El conde besó de nuevo la mano que conservaba entre las suyas.

- No tenga usted nunca miedo del escéptico..., es su esclavo, él y el otro de que usted habla.

Demasiado emocionada para contestar inmediatamente, ella aceptó el brazo bienhechor que él le ofrecía y dió algunos pasos sin decir ni una sola palabra.

Al fin ella contestó:

- Ni esclavo ni señor...

- ¡Ah!, replicó él con ligera ironía, ¿rehusa usted el cetro?

- Sin duda..., no quiero ninguno. La vida entre dos no es, a mi juicio, la disminución del uno por la autoridad exagerada del otro. Es la unión íntima en la alegría..., y el mutuo sostén en la pena.

- Apóyese usted, pues, sobre un corazón fiel, le dijo el conde con el acento de profunda tristeza, no se arrepentirá usted nunca de la confianza que usted le otorgue.

El general, jadeante de impaciencia, en un estado de eferescencia que no podía calmar, los acechaba por una ventana.

No creía en el amor de su hija por el Sr. de Palene, y cuando, al verlos volver, comprendió en su actitud que la perspicacia de su cuñado no había sufrido error, se volvió hacia él con un aire de estupefacción inenarrable.

- ¡No es posible!.., se han entendido, de seguro, ¡mírelos usted!..

- Nunca lo puse en duda, contestó francamente el barón.

Cuando entraron en la biblioteca, el general se precipitó hacia su hija y la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

- Hija mía, ¿has aceptado?

- Sí..., puesto que le amo.

- ¡Talrec, Palene!, exclamó el pobre general que parecía a punto de derretirse en lágrimas.

- No sienta dar su consentimiento, no tema usted nada, general, le dijo el conde con una emoción que no trataba de disimular. Mi amor no es de barro... Como su cariño paternal, tiene fundamentos firmes.

El general abrió la boca para contestar, pero no pudo articular una sola palabra.

Les hizo señas de que se alejasen, y, teniendo aún a su hija abrazada la condujo aparte.

- Pero, hija mía, antes te disgustaba..., no le podías sufrir.

- Entonces no le conocía...

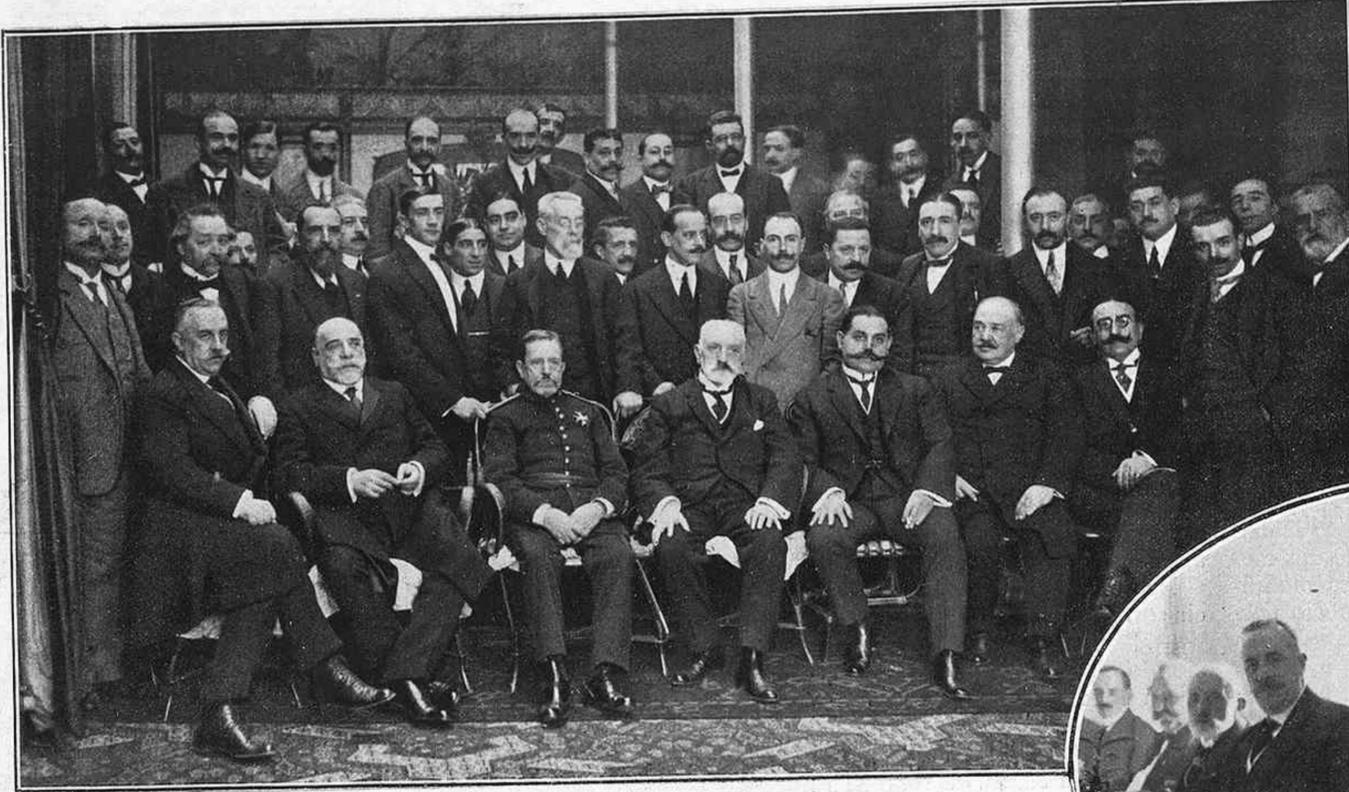
- ¿Y no le encuentras escéptico, burlón, desagradable?

- Alguna vez..., es decir, no..., contestó ella sonriendo a través de sus lágrimas.

- Aun no hace mucho tiempo, esa era tu manera de ver, hija mía, ¡y ahora te casas con él!

- Papá, aun no me había dicho: «La amo.»

TRADUCCIÓN DE PEDRO DE TORNAMIRA.

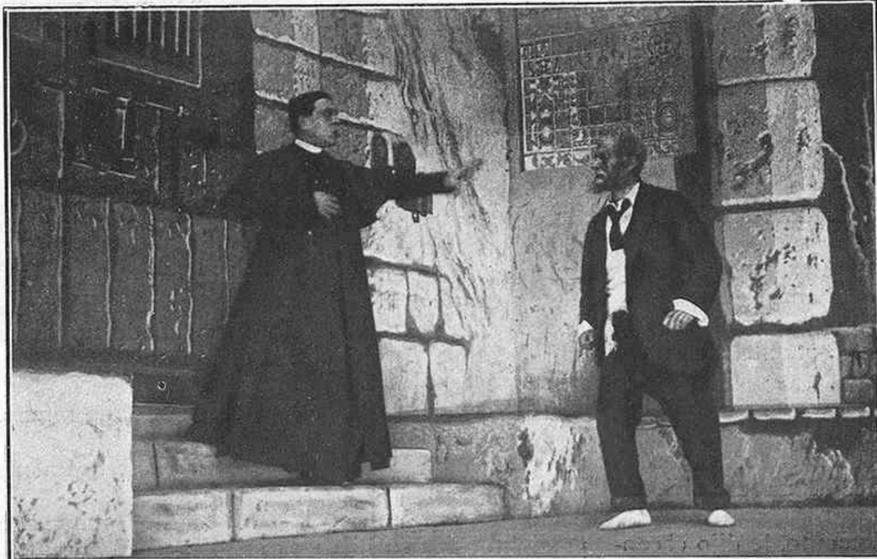


Barcelona. — Concurrentes al banquete celebrado por la Asociación de la Prensa Diaria en la Maison Dorée el día 24 de enero último

BARCELONA. — BANQUETE
DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DIARIA

Siguiendo la costumbre de todos los años, el día 24 del mes próximo pasado celebróse en la Maison Dorée el banquete de confraternidad periodística de la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona.

traducido al castellano por el eminente novelista y dramaturgo Gregorio Martínez Sierra. El argumento de *La Virgen del Mar* es tan sencillo como emocionante. En la playa de un pueblo hallaron unos pescadores una imagen de la Virgen y, conceptuando milagrosa su aparición, condujéronla procesionalmente a un santuario cercano, adonde desde entonces acuden los



Madrid. — Una escena de «La Virgen del Mar», cuadro poemático en un acto de Santiago Rusiñol estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro de la Princesa. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Ocupó la presidencia el presidente de la Asociación y antiguo y benemérito periodista D. Eusebio Corominas, quien tenía a su derecha al capitán general Sr. Weyler, al alcalde señor Sagnier, al presidente de Sala Sr. Cereceda, en representación del presidente de esta Audiencia territorial; y a su izquierda al gobernador civil Sr. Andrade, al diputado provincial Sr. Bartrina, en representación del presidente de la Diputación; al teniente fiscal de la Audiencia Sr. Lardies, en representación del fiscal de S. M.; a los socios protectores D. Mariano de Foronda y Sr. Mesa, y al secretario de la Asociación Sr. Díaz Retg.

Los comensales fueron más de ochenta, figurando entre ellos periodistas de todas las ideas políticas que en aquel acto depusieron todas sus diferencias partidistas para unirse en un sentimiento único de cordial fraternidad.

Antes de comenzar el banquete, el presidente de la Asociación, Sr. Corominas, manifestó que se había acordado no pronunciar brindis y aprovechó la ocasión de hallarse en el uso de la palabra para dirigir un afectuoso saludo a las autoridades que honraban el acto con su presencia.

Después el secretario dió lectura de las adhesiones de varios socios que por diversas causas no pudieron asistir al banquete.

Las tarjetas del *menú*, regalo de la casa Baguña y Cornet, representaban grabados de estilo antiguo primorosamente ejecutados, y a cada una de ellas acompañaba un ejemplar auténtico de alguno de los números del *Diario de Barcelona*, decano de la prensa española, correspondientes a los primeros años de su publicación (1803-1805). La fiesta transcurrió en medio de la mayor animación y cordialidad.

MADRID. — «LA VIRGEN DEL MAR»

En el Teatro de la Princesa, de Madrid, se ha estrenado con gran éxito el bellissimo cuadro poemático de Santiago Rusiñol *La Virgen del Mar*, que con no menos éxito se estrenó en Barcelona hace algunos años y que ha sido admirablemente

samente, sus miembros recobran el movimiento y acaba por incorporarse y postrarse ante la imagen. El pueblo aclama a



Madrid. II Conferencia Nacional de las Cajas de Ahorro. — S. M. el Rey D. Alfonso XIII rodeado de congresistas después de presidir la sesión inaugural. (Fot. de nuestro reportero Vidal.)

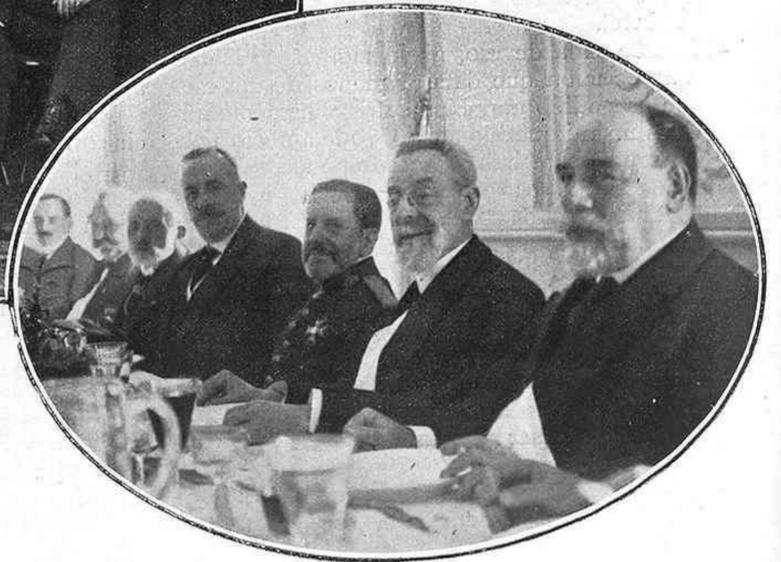
la Reina del cielo y el viejo marino, inflamado repentinamente por la fe, cae de rodillas ante la Virgen del Mar.

En la ejecución de la obra se distinguieron las señoritas Ladrón de Guevara y Cancio, la señora Torres y los Sres. Codina, Cabré, Mesejo, Montenegro, Juste y Carsi. La *mise en scene*, digna de la propiedad y esplendor tradicionales en aquel coliseo.

MADRID

SEGUNDA CONFERENCIA NACIONAL
DE CAJAS DE AHORRO

En el salón de sesiones del Consejo del Monte de Piedad, celebróse el día 24 del mes de enero último, bajo la presidencia de S. M. el Rey, la sesión inaugural de la segunda Conferencia Nacional de delega-



La presidencia del banquete. (Fots. de nuestro reportero A. Merletti.)

dos de Cajas de Ahorro y del Banco Hipotecario. El salón hallábase totalmente ocupado por los consejeros del Monte, numerosos delegados de las diferentes provincias de España y varios miembros del Instituto de Reformas sociales y del Instituto nacional de Previsión. S. M. el Rey, a quien acompañaba el jefe superior de Palacio marqués de la Torre, fué recibido por el presidente del Consejo de Ministros, por el ministro de la Gobernación y por los consejeros del Monte de Piedad. D. Alfonso ocupó la presidencia, tomando asiento a sus lados los Sres. Dato, Sánchez Guerra, Azcárate, general Marvá, marqués de la Torre, Jardiel, marqués de la Mina y otras ilustres personalidades. El presidente del Monte de Piedad de Madrid, marqués de la Mina, leyó un discurso de salutación al Soberano, dándole las gracias por haberse dignado presidir el acto inaugural. Después, el canónigo D. Florencio Jardiel, presidente del Consejo de Administración de la Caja de Ahorros de Zaragoza, pronunció un elocuente discurso ensalzando la figura del P. Pontejos, fundador de la primera Caja de Ahorros; enumerando los progresos realizados por estas cajas, solicitando para ellas el apoyo oficial, saludando a S. M., al Gobierno y a los delegados de las provincias y expresando su confianza de que la Conferencia iniciaría una nueva era para los grandes institutos sociales. Finalmente S. M. el Rey leyó un discurso, manifestando su esperanza de que las nuevas modalidades del auxilio oficial a las clases necesitadas pueden obtener decisivo impulso de la cooperación de las Cajas de Ahorro y entidades afines, adhiriéndose con entusiasmo a la Conferencia y expresando su confianza de que las deliberaciones de ésta habrán de contribuir al progreso de nuestra amada patria. «Estad ciertos — dijo — de que atender a las necesidades de los humildes constituye la más elevada misión de las clases directoras y, desde luego, el más ferviente de mis deseos.»

que padecen males del cuerpo o del alma, seguros de encontrar en ella salud y consuelo. Cierta día llega allí el capitán de un barco mercante que naufragó en aquellos mares y al penetrar en el santuario queda asombrado al reconocer que la venerada imagen no era sino la escultura que adornaba el bauprés de su nave, la efigie de su esposa a la que amó locamente y dedicó, después de muerta, aquel recuerdo. El capitán quiere recuperar aquella reliquia, pero el cura del santuario se opone a ello, invocando su fe, excitando su piedad, y suplicándole que no prive del mayor de los bienes, la esperanza, a los millares de devotos que acuden a impetrar la divina gracia de la imagen. En aquel momento, una procesión se encamina al santuario; una joven paralítica, tendida en unas parihuelas, va a pedir a la Virgen remedio para su mal incurable, y a medida que sus labios rezan fervorosamente, sus miembros recobran el movimiento y acaba por incorporarse y postrarse ante la imagen. El pueblo aclama a

Finalmente S. M. el Rey leyó un discurso, manifestando su esperanza de que las nuevas modalidades del auxilio oficial a las clases necesitadas pueden obtener decisivo impulso de la cooperación de las Cajas de Ahorro y entidades afines, adhiriéndose con entusiasmo a la Conferencia y expresando su confianza de que las deliberaciones de ésta habrán de contribuir al progreso de nuestra amada patria. «Estad ciertos — dijo — de que atender a las necesidades de los humildes constituye la más elevada misión de las clases directoras y, desde luego, el más ferviente de mis deseos.»

Finalmente S. M. el Rey leyó un discurso, manifestando su esperanza de que las nuevas modalidades del auxilio oficial a las clases necesitadas pueden obtener decisivo impulso de la cooperación de las Cajas de Ahorro y entidades afines, adhiriéndose con entusiasmo a la Conferencia y expresando su confianza de que las deliberaciones de ésta habrán de contribuir al progreso de nuestra amada patria. «Estad ciertos — dijo — de que atender a las necesidades de los humildes constituye la más elevada misión de las clases directoras y, desde luego, el más ferviente de mis deseos.»

Finalmente S. M. el Rey leyó un discurso, manifestando su esperanza de que las nuevas modalidades del auxilio oficial a las clases necesitadas pueden obtener decisivo impulso de la cooperación de las Cajas de Ahorro y entidades afines, adhiriéndose con entusiasmo a la Conferencia y expresando su confianza de que las deliberaciones de ésta habrán de contribuir al progreso de nuestra amada patria. «Estad ciertos — dijo — de que atender a las necesidades de los humildes constituye la más elevada misión de las clases directoras y, desde luego, el más ferviente de mis deseos.»

Finalmente S. M. el Rey leyó un discurso, manifestando su esperanza de que las nuevas modalidades del auxilio oficial a las clases necesitadas pueden obtener decisivo impulso de la cooperación de las Cajas de Ahorro y entidades afines, adhiriéndose con entusiasmo a la Conferencia y expresando su confianza de que las deliberaciones de ésta habrán de contribuir al progreso de nuestra amada patria. «Estad ciertos — dijo — de que atender a las necesidades de los humildes constituye la más elevada misión de las clases directoras y, desde luego, el más ferviente de mis deseos.»

MELILLA - INAUGURACIÓN DE LA PLAZA DE ESPAÑA. (Fotografías de Lázaro.)



El general Villalba, presidente de la Junta de Arbitrios, a cuya iniciativa se deben la urbanización de Melilla y la creación de la Plaza de España y la calle de Alfonso XIII, antes de Chacel.



Vista de la nueva Plaza de España, que fué solemnemente inaugurada el día 23 de enero último con motivo del Santo del Rey

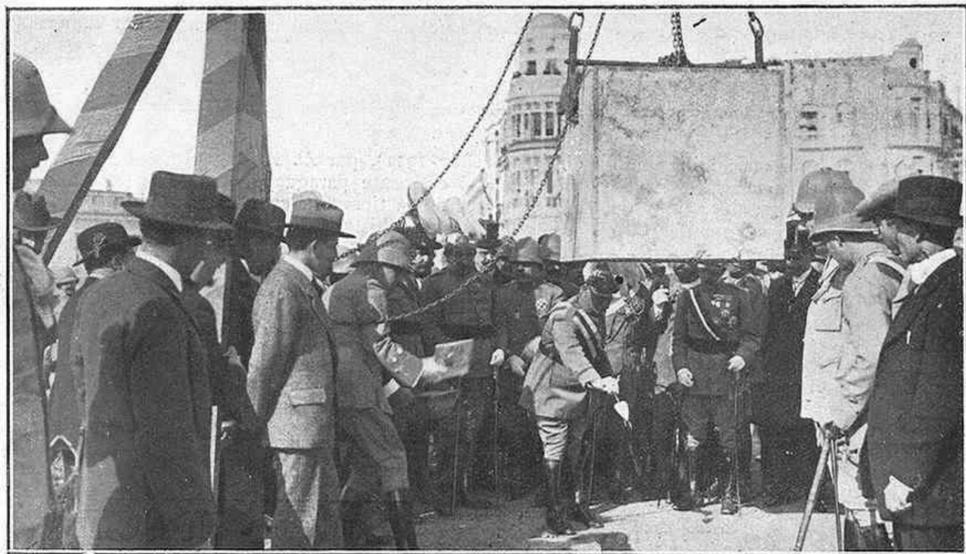
El día 23 de enero último y con motivo de solemnizar la fiesta onomástica de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, celebráronse en Melilla dos actos importantes: el descubrimiento de la lápida instalada en la calle que antes se llamó de Chacel y que en adelante ostentará el nombre de nuestro monarca; y la inauguración de la Plaza de España.

Ambas ceremonias se efectuaron por la mañana y una a continuación de

na, comandante general de Melilla, a quien acompañaban los generales Villalba, Aizpuru, Domingo y Burguete, tiró del cordón descorriendo el tapiz que ocultaba la lápida en que se hallan esculpidos el nombre de Alfonso XIII y dos fechas, 1904 y 1911, en recuerdo de las visitas realizadas por nuestro monarca a nuestras posesiones del Norte de Africa. Al quedar descubierta la lápida, las músicas tocaron la Marcha Real.

Seguidamente la comitiva se dirigió a la Plaza de España para asistir a la colocación de la última piedra, dando así por terminadas las obras que en ella se han hecho. Esta plaza, que ha sido construída en la antigua Plaza de Santa Bárbara y que pone en comunicación el barrio viejo con el nuevo, es una de las más hermosas de España; forma una gran explanada de 20.000 metros cuadrados con aceras de asfalto comprimido y magníficos jardines. Las autoridades firmaron el acta extendida en un artístico pergamino que fué encerrado en una caja de hierro juntamente con un ejemplar de cada periódico local y monedas de todas clases de las que hay en circulación. También firmaron el acta prestigiosos caídes que asistieron a la ceremonia. La caja fué depositada bajo tierra, cubriéndola con bloques de mármol de Sidi-Mussa.

El general Jordana pronunció un elocuente discurso enumerando los grandes progresos realizados en Melilla desde 1909, ensalzando y admirando las iniciativas y los trabajos de la Junta de Arbitrios, dedicando entusiastas elogios a los generales que han estado al frente de ésta y muy especialmente al general Villalba, a quien principalmente se debe la urbanización de la ciudad, y expresando su admiración por las excepcionales dotes que adornan a D. Alfonso XIII. El discurso del general Jordana fué acogido con entusiastas vivas al Rey.



El general Villalba colocando la última piedra de la nueva Plaza de España

otra, y a las dos asistieron nutridas representaciones del elemento civil, comisiones militares, varios jefes moros, la Junta de Arbitrios en pleno, presidida por el general Villalba, y numeroso público.

Reunidas todas las representaciones en la calle de Chacel, el general Jorda-

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

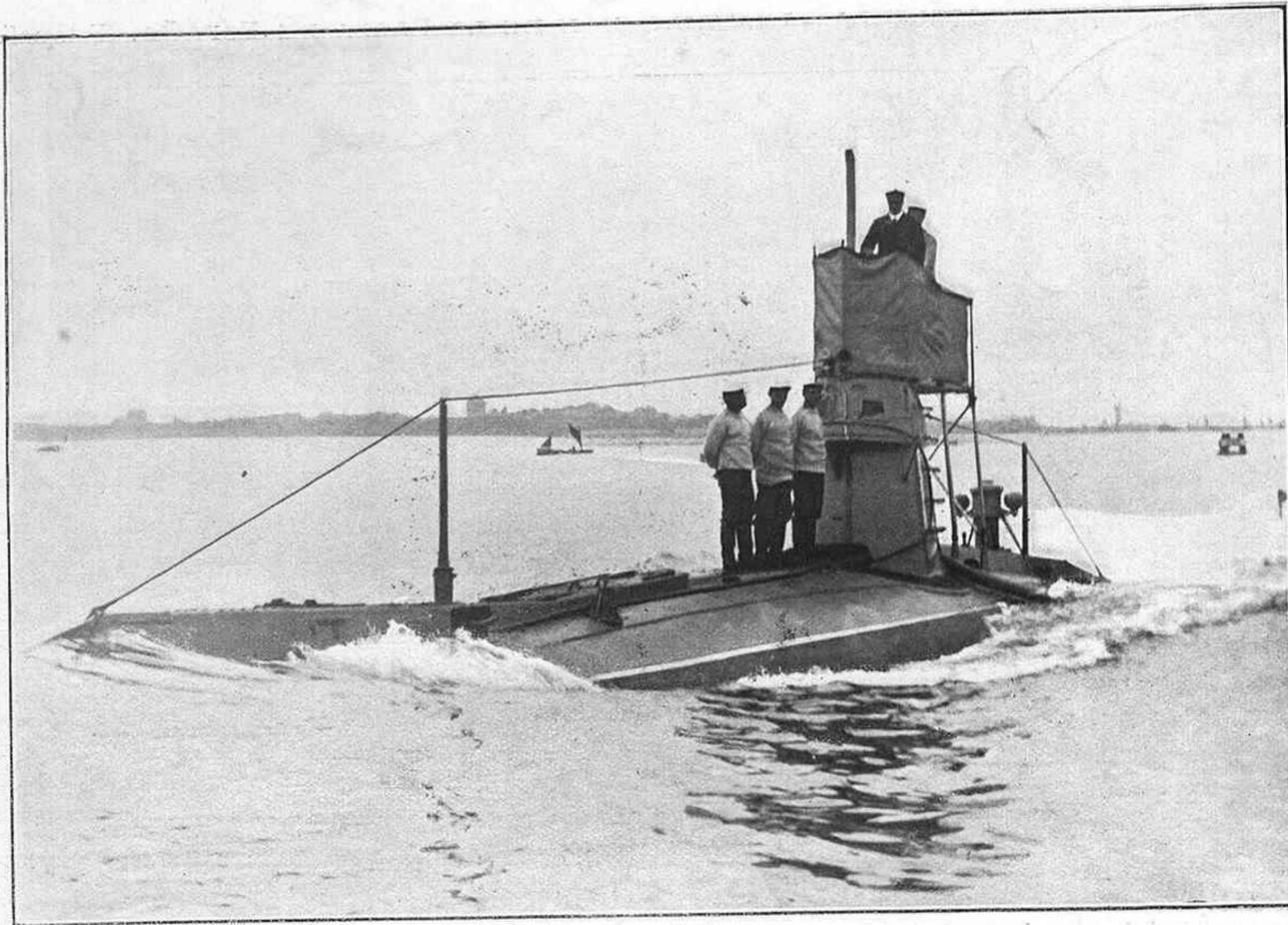
ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

LA CATÁSTROFE DEL SUBMARINO INGLÉS «A. 7.»

El día 16 de enero último, mientras estaba realizando maniobras en la bahía de Whitesand, distante seis millas de Plymouth, se fué a pique el submarino inglés A. 7. Inmediatamente de notada la desaparición del barco, pidiéronse con urgencia auxilios para intentar el salvamento, y aunque en seguida acudieron varias embarcaciones y numerosos buzos y se procedió a los trabajos necesarios, éstos no dieron resultado alguno y hubieron de suspenderse al llegar la noche. Continuados en los días sucesivos, han sido infructuosos no sólo para poder salvar las vidas de los tripulantes del submarino, cosa que ya se tuvo por imposible desde los primeros momentos, sino también para sacar a flote el buque; por consiguiente, puede darse por totalmente perdido.

El submarino A. 7 pertenecía al primer tipo de los submarinos ingleses; había sido construido en 1904, tenía 150 pies de largo, desplazaba 204 toneladas de doce nudos en la superficie y de nueve sumergido. Su armamento se componía de dos tubos lanzatorpedos y su dotación constaba de nueve marineros y dos oficiales.

En cuanto a las causas de la catástrofe no ha sido posible precisarlas hasta ahora y sólo podrán ser quizás conocidas en el caso de que el barco pueda ser puesto a flote. Suponen algunos



El submarino inglés A 7, que recientemente se ha ido a pique en la bahía de Whitesand, habiendo perecido en la catástrofe sus once tripulantes. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

que la pérdida del A. 7 es debida al tiempo que éste llevaba de servicio y que puede haber determinado un desperfecto en alguno de los múltiples y delicados órganos o de los complicados aparatos de esta clase de buques: de una compuerta, de una toma de agua que no pudieron funcionar, de alguna plancha del casco que no pudo resistir la presión del agua. Otros explican la catástrofe diciendo que pudo ser ocasionada por una falsa maniobra, por el choque contra algún obstáculo.

La pérdida del submarino A. 7 es el décimo séptimo accidente ocurrido a esta clase de barcos desde que comenzó la navegación submarina. En esta lista sùebre figuran 8 submarinos ingleses, 4 franceses, 2 rusos, un alemán, un italiano y un japonés.

La circunstancia de ser más numerosas las catástrofes en las marinas de guerra inglesa y francesa que en las de los demás Estados es debida, según parece, a que en las dos primeras los ejercicios de los submarinos son mucho más frecuentes y se efectúan en condiciones más difíciles

y que suponen mayor peligro que en las otras. Así, por ejemplo, los alemanes sólo se sumergen dentro de la rada de Kiel y teniendo los barcos de salvamento siempre dispuestos a acudir en su auxilio en caso necesario; y los mismos italianos no se aventuran a realizar inmersiones en alta mar.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES O EDITORES

AUTODIDAXIS DE QUÍMICA PRÁCTICA. 326 EXPERIMENTOS AL ALCANCE DE TODOS, por el P. Joaquín M.ª Barnola S. J. - Libro de gran utilidad para cuantos quieran dedicarse a manipulaciones y experimentos químicos, porque en él se guía al principiante desde las operaciones previas al arreglo de los aparatos, manipulaciones indispensables durante las reacciones, previsión de accidentes, etc., hasta capacitarle para

el análisis, al que llegarán los que se hubiesen familiarizado con los experimentos expuestos por el autor, en disposición de avanzar rápida y provechosamente. De los tres capítulos de que consta, uno está dedicado a los elementos no metales, otro a los metaloides y otro a los metales. Completan la obra varios apéndices interesantes. Un tomo de 256 páginas con 41 grabados, editado en Barcelona por Manuel Marín e impreso con licencia eclesiástica. Precio, 3 pesetas.

NOTAS BIOGRÁFICAS DE MANUEL PEDRO DE PEÑA (el ciudadano paraguayo), conmemorando el centenario de su nacimiento (1811-1911), por D. Rafael Calzada. - Interesante biografía del eminente paraguayo, una de las personalidades más salientes de su tiempo y cuya azarosa vida está íntimamente ligada con la historia de su país, especialmente con las tres dictaduras que imperaron en el Paraguay, desde su independencia hasta la guerra que sostuvo con la Triple Alianza y de cuyas persecuciones fué víctima D. Manuel Pedro de Peña. Un folleto de 52 páginas, con el retrato del Sr. Peña y reproducciones de un busto de éste modelado por Agustín Querol y de una medalla conmemorativa, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Robles Hernando y C.ª

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

DENTIFRICOS HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F.ª G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

DATA DE 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Fóne y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS - St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ
ES EL UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

HIPOFOSFITOS SALUD
COMBATE **ANEMIA** ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

PATE ÉPILATOIRE DUSSEER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria